

LA MORDAZA

LA MORDAZA QUE ASFIXIABA A LOS ESPAÑOLES

BERTA MUÑOZ CÁLIZ

Centro de Documentación Teatral

La escritura de *La mordaza* está estrechamente vinculada a la experiencia personal de su autor con la censura franquista. La puesta en escena de esta obra en 1954 supuso el primer estreno profesional de Alfonso Sastre, y a juzgar por la buena acogida de público y crítica, en un primer momento pareció el espaldarazo que le permitiría estrenar con frecuencia en los escenarios comerciales. Hasta entonces, su experiencia en la escena se limitaba a las representaciones de cámara de *Ha sonado la muerte*, *Uranio 235* y *Cargamento de sueños* (1946) con el grupo Arte Nuevo, y a las tres funciones de *Escuadra hacia la muerte* (1953) a cargo del Teatro Popular Universitario que la censura impidió prorrogar, a pesar del beneplácito del público y de la crítica oficial, que calificó a su autor como una de las más firmes promesas del teatro español. Poco después del estreno de esta obra, Sastre presentaría a censura sus textos *Prólogo patético* y *El pan de todos*, y a pesar de los informes positivos de algunos de los censores, ambos fueron prohibidos.

Como reacción frente a esta situación, a comienzos de 1954 Alfonso Sastre escribe varias cartas al jefe de la Sección de Teatro, José María Ortiz, en las que solicita una explicación de estas y otras actuaciones con las que se le cierra el paso en los escenarios profesionales¹; intento que, como era

¹ El autor explica en una de las cartas que, además de no permitirle estrenar en circuitos comerciales, se le veta en los premios. Dichas cartas, así como otras referidas a la censura de las citadas obras, se conservan en el Archivo General de la Administración General de Estado, y se encuentran reproducidas en mi libro *Expedientes de la censura teatral franquista*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2006, vol. I, págs. 85-91.

previsible, no daría resultado alguno, y que, con el tiempo, daría paso a una actitud cada vez más beligerante por parte del dramaturgo contra la censura y contra el régimen que la imponía. Paralelamente, entre 1953 y 1954, Alfonso Sastre escribe *La mordaza*, otra forma de protestar contra su situación personal, esta vez trascendiéndola mediante la metáfora de unos personajes a los que se les niega la posibilidad de expresarse:

Traté de hacer una protesta cauta: un drama de apariencia rural y de mensaje subterráneo. Trataría de decir: «Vivimos amordazados. No somos felices. Este silencio nos agobia. Todo esto puede apuntar a un futuro sangriento»².

De este modo, utilizando la terminología de Ángel Berenguer, la escritura de *La mordaza* estaría originada por un claro «motivo»³ o agente movilizador principal, que no es otro que la necesidad que siente el autor de hablar de su experiencia con la censura franquista, y con una clara «estrategia», consistente en que, dada su experiencia anterior de prohibiciones, hablaría de la censura intentando evitar que los censores lo advirtieran. El propio autor explicaba así en una entrevista el proceso de creación de esta obra:

Al escribir *La mordaza* me planteé el ser más cauto, el ser posibilista (un término que después se empleó), el intentar hacer una especie de metáfora, de tal manera que pudiera conseguir hacer una protesta sobre la mordaza, sobre la mordaza que estábamos sufriendo, a través de una historia que tuviera la suficiente ambigüedad para que la censura no la pudiera prohibir. [...] A mí me parecía que el simple hecho de que se llamase *La mordaza* sería una clave suficiente para que la gente fuera a ver una obra sobre la censura. [...] Se vería un drama rural en el cual estaba embutido el mensaje protestatario contra la censura. Eso en la puesta en escena se hizo con mucho cuidado⁴.

Así, Sastre ambientó la trama de esta obra en un ámbito rural –extranjero, para evitar cualquier sospecha–, alejado del contexto real que había motiva-

² Alfonso Sastre, «*La mordaza*. Noticia», en *Obras completas, Tomo I: Teatro*, Madrid, Aguilar, 1966, pág. 283.

³ Véase Ángel Berenguer, «Motivos y estrategias: introducción a una teoría de los lenguajes escénicos contemporáneos», en:

http://www.doctoradoteatro.es/pdf/teatra/B_MotivosEstrategias.pdf

⁴ Francisco Caudet, *Crónica de una marginación. Conversaciones con Alfonso Sastre*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1984, pág. 35.

do la obra (recurso, por lo demás, muy frecuente en los escritores de la época), y focalizó el tema de la represión en el reducido ámbito de una familia, como si de un problema familiar, y no social, se tratara. La anécdota sobre la que trabajó estaba inspirada en un hecho real, sucedido en el pueblo francés de Lurs, aunque no intentó reproducirlo de un modo documental, tal como el propio autor apuntaba en la nota que utilizó como autocrítica el día de su estreno:

Este drama está vagamente fundado en los sucesos de Lurs —de los que dio noticia la prensa de todo el mundo—. El autor del drama no ha tratado de informarse detalladamente sobre este asunto ni sobre la personalidad y carácter de Gastón Dominici y su familia, pues su intención no ha sido dramatizar escrupulosamente unos hechos. Lo de Lurs ha sido un simple «motivo» para este drama, cuyos personajes no pretenden ser el traslado de los personajes reales. Los hechos están libremente fabulados por el autor [...]. La disposición y los motivos del crimen, así como la personalidad de las víctimas, pertenecen al dominio de la invención dramática. La «realidad» de este drama hay que buscarla por otros caminos⁵.

No obstante, la metáfora con la que Alfonso Sastre quiso evocar la falta de libertad de expresión existente en la España de la dictadura no fue entendida en su momento, ni tan siquiera por los propios censores. Cuando la obra fue presentada ante la Junta de Censura, los lectores que la enjuiciaron, Bartolomé Mostaza y Gumersindo Montes Agudo, lejos de darse por aludidos, sólo vieron en ella una «obra de ambiente», «sin ningún reparo ético, moral o político», y resaltaron su calidad dramática, calificándola de obra «muy bien dialogada», así como de «obra buena, importante, con vigor dramático y ceñida prosa», por lo que ambos la autorizaron sin cortes. Incluso años después, cuando los miembros de la Junta ya tienen una opinión bien distinta de Alfonso Sastre y de sus ideas políticas, se presentaría a censura una nueva versión en vasco (*Denok ixildu egiten gera*), que tampoco tuvo problemas para ser autorizada; antes al contrario, el censor Antonio Albizu comentó que tenía «unos valores morales indiscutibles»⁶.

⁵ Alfonso Sastre, «Autocrítica» reproducida en varios diarios el 17 de septiembre de 1954, entre ellos *Pueblo y Ya*.

⁶ Pueden leerse las transcripciones de los informes completos en *Expedientes...*, ob. cit., págs. 95-96.

Los informes positivos de los censores motivaron una rápida autorización (ésta se emitió tan sólo cinco días después de que la compañía la solicitara), y el 17 de septiembre de 1954 la obra se estrenaba, con dirección de José María de Quinto y escenografía de Manuel Mampaso, en el Teatro Reina Victoria de Madrid. A juzgar por las reseñas que se publicaron tras su estreno, tampoco los críticos del momento la interpretaron en el sentido pretendido por el autor. Ninguno de ellos hizo alusión al discurso anticensorial, y en general, tampoco realizaron valoraciones políticas ni morales⁷, sino que se centraron en destacar la extraordinaria habilidad de Sastre para caracterizar a sus personajes y para mantener el interés y la tensión dramática de principio a fin, y se reafirmaron en calificarlo como una de las grandes esperanzas de renovación del teatro español. Las elogiosas palabras de Juan Emilio Aragón (quien años más tarde también sería censor) ante el estreno de esta obra son bien elocuentes:

[...] el teatro español de hoy estaba necesitando al autor o los autores que lo actualizasen, que fueran capaces de superar la dramaturgia amable, conversacional, sin nervio y sin aristas, que se había enseñoreado de nuestra escena últimamente. Y todo parece indicar que no tardará en producirse la deseada renovación, para bien de todos, porque son varios ya los autores que parecen decididos a abrir derroteros nuevos para la creación dramática: ayer Buero, hoy Sastre, [...]; Delgado Benavente y acaso algún otro, son el mejor y más esperanzador testimonio. [*Informaciones*, 25-IX-1954.]

No menos elogiosa fue la crítica de Alfredo Marquerié, quien afirmaría: «[...] tenemos que saludar en este autor a un dramaturgo auténtico que ha revalidado en *La mordaza* el crédito que ganó con su primer estreno» (*ABC*, 18-IX-1954). Y en la misma línea, Torrente Ballester, escribió: «Cuando, hace tiempo, estrenó Sastre *Escuadra hacia la muerte*, pedí para él un puesto importante en el escalafón de dramaturgos españoles. Ahora lo ha alcanzado por derecho propio» (*Arriba*, 18-IX-1954). Resulta imposible recoger aquí

⁷ Apartándose de la opinión general, y mostrando un espíritu inquisitorial superior al de los propios censores, el crítico de la revista *SIPE*, de las Congregaciones Marianas (utilizada como órgano de consulta de la censura eclesial), juzgó que «los reparos morales de la obra son de importancia, aunque no pueda advertirse en ella una tesis inmoral», por lo que dictaminaba que sólo era apta «para personas mayores de sólida formación moral» (*SIPE*, 3-X-1954).

todos los testimonios de los críticos que elogiaron abiertamente la obra y a su autor, pero lo cierto es que el aplauso fue unánime en todos los medios consultados⁸. También el público la acogió con entusiasmo la noche del estreno, tal como recogía en su crítica Alfredo Marqueríe: «Ovaciones largas y resonantes subrayaron el fin de los cuadros y de las jornadas. El telón se alzó innumerables veces, y con el autor recogió estas muestras de entusiasmo el director escénico».

Como únicos reparos, se habló de una cierta tendencia al efectismo en algún momento, así como del excesivo protagonismo del calor en la acción, si bien los propios críticos que los señalaron advertían que éstos eran mínimos y no debían empañar las bondades de la obra. En cuanto a sus posibles «segundas intenciones», el único crítico que hizo comentarios al respecto fue Nicolás González Ruiz, aunque, lejos de profundizar en ellas, escribiría:

Pero tiene razón al insinuarnos que la realidad de su drama hay que buscarla por otros caminos. Nosotros preferimos no ahondar en este punto, ni siquiera al calor de los aplausos que sonaron en el cuadro sexto⁹. [...] Nos ponemos tan contentos cuando en el teatro se ve una posibilidad de algo de valor cierto y positivo, que no queremos entrar en segundas intenciones, ajenas a nuestra función. [*Ya*, 18-IX-1954.]

Centrándonos ya en el texto, nos encontramos ante un drama construido en seis cuadros y un epílogo, tal como se indica en su subtítulo, a lo largo de los cuales la acción avanza de forma muy ágil, según un esquema tradicional de planteamiento, nudo y de-senlace. En el primer cuadro quedan perfectamente definidos los caracteres de los personajes y las relaciones que mantie-

⁸ Pueden consultarse las críticas a esta obra por parte de los distintos medios en el archivo de prensa digitalizada del Centro de Documentación Teatral.

⁹ Este crítico alude al fragmento en el que Isaías Krappo, en su conversación con el Comisario, afirma que «Uno es un héroe o un criminal según las circunstancias, aunque el muerto sea el mismo». Al parecer, el día del estreno este diálogo fue aplaudido por algunos espectadores «con gran entusiasmo, con calor excesivo, mientras que otros mostraron su disconformidad con siseos y algún indicio de pateo», en palabras del censor José María Cano, quien propuso suprimir esta escena o, al menos, cambiar «mataste» por «asesinastes» (sic), «con lo que el sentido de la réplica del Comisario no daría la sensación, como ocurre ahora, de conformidad con la teoría del criminal, sino que dejaría bien claro que era asesinato»; modificación que finalmente no se impuso al no ser aceptada por el resto de la Junta de Censura.

nen entre ellos. Ya de entrada se nos presenta a una familia sometida a la autoridad de un padre despótico, Isaías, que ha conseguido atemorizar a su mujer y a sus hijos a base de humillarles continuamente y de arrebatarnos la autoestima («eras como un animalillo torpe»; «algunas veces pienso que hemos criado cuervos, Antonia...»); «una pandilla de inservibles, eso es lo que le ha tocado en suerte al viejo Isaías Krappo para consuelo de sus últimos años»). Sólo Luisa, la mujer de Juan, que viene de fuera y que ha sido educada en un contexto diferente, tendrá valor para enfrentarse a él. A lo largo del resto de los cuadros, la acción avanza de forma implacable, con elementos de intriga policíaca; una intriga que, en este caso, no consiste en averiguar quién es el criminal al que busca la Policía, ya que el espectador lo sabe desde el primer cuadro, sino en saber si Luisa, a pesar de las amenazas, será capaz de romper la mordaza y atreverse a hablar, y cuál será la reacción del resto de los personajes si esto ocurre.

Aunque Sastre invitaba en su autocrítica a buscar una interpretación en clave simbólica, la obra, sin embargo, está escrita con un lenguaje estrictamente realista que no invita a pensar en segundas lecturas, a diferencia de lo que sucederá, unos años más tarde, con buena parte de las obras escritas por los autores críticos en nuestro país, en las que la parábola y la alegoría se convierten en recursos obligados a la hora de lanzar cualquier crítica al régimen dictatorial. Únicamente podemos encontrar un cierto simbolismo en algunos elementos, como el espacio escénico (una casa rural «de sombría y pesada arquitectura», con una lámpara que «no consigue iluminar todos los rincones de la habitación»), la ceguera de Antonia (que refleja su incapacidad de comprender las cosas desde un punto de vista realista y pragmático, ya que todo lo ve a través del prisma de su fe religiosa), e igualmente se podría hablar de un cierto simbolismo en ese calor asfixiante que turba los ánimos y en la tormenta que finalmente estalla y que trae la calma (recurso en el que Sastre insistirá en *Muerte en el barrio*).

Por lo demás, como se dijo, la obra está escrita desde parámetros estrictamente realistas. De hecho, como es sabido, su autor es uno de los pioneros y de los máximos representantes del realismo en nuestro país. Si exceptuamos los estrenos de Buero Vallejo, en las fechas en que se estrena *La mordaza*, las obras que eluden hablar de la realidad o que la reflejan de una forma conformista y conservadora son abrumadora mayoría en las carteleras comerciales. En este contexto, el intento de indagar en la realidad y

clarificarla –en lugar de falsearla, ocultarla o manipularla, como era norma tanto en el teatro como en los medios de comunicación– será seguido muy pronto por otros dramaturgos (Martín Recuerda, Olmo, Rodríguez Méndez, Muñiz...), que al igual que Sastre serán severamente censurados. Y hoy situamos claramente a este grupo de autores en la izquierda antifranquista, en el momento en que escribe *La mordaza*, Sastre aún se encuentra en un período de búsqueda, de confrontación entre las ideas recibidas –incluidas las de la religiosidad católica y las del entorno falangista– y la realidad que le rodea, confrontación que le llevará a un progresivo alejamiento de estas ideas, y que se refleja en su teatro de estos años, en el cual pugnan ideas de distinto signo sin que unas ni otras queden defendidas de forma inequívoca. Ello explica, en parte, los elogiosos juicios emitidos hacia esta obra por censores y críticos de la prensa franquista.

Lo que, visto desde una perspectiva de ortodoxia política, en algún momento pudo parecer ambigüedad ideológica, desde el punto de vista de la creación dramática podría considerarse que aportó a estas obras una mayor riqueza y complejidad, lo que sin duda ha contribuido a que medio siglo después merezcan ser reeditadas. Así, por ejemplo, en *La mordaza*, Sastre defiende con igual convicción a los personajes que aceptan la tiranía de Isaías como a los que le odian o se rebelan contra él. Aunque la decisión de Luisa de denunciarle va a suponer una liberación para el resto de la familia y por ello el cuadro final resulta esperanzador, esta esperanza no está exenta de claroscuros, tal como revelan el dolor de Jandro, el sentimiento de culpabilidad de Juan o el deterioro de la relación de éste con Luisa. El ya citado Alfredo Marquerie aludía en su crítica a esta circunstancia: «No hay en la obra ni tesis ni moraleja». En este sentido, resulta oportuno recordar las palabras que el autor escribió en el prólogo a la primera edición de *El pan de todos*, a propósito de las críticas hacia su posible ambigüedad ideológica: «yo me resisto, con mejor o peor fortuna, a escribir una literatura pueril, unívoca y simplificada».

La mordaza permaneció en cartel durante unas seis semanas, hasta el 24 de octubre del 54, y alcanzó un total de sesenta y cuatro representaciones¹⁰. Tras la representación número cincuenta, se rindió a Alfonso Sastre

¹⁰ Información extraída de las bases de datos del Centro de Documentación Teatral. Agradezco a Lola Puebla que me la haya facilitado.

un caluroso homenaje en el Reina Victoria. Sin llegar a ser el gran éxito que había pronosticado buena parte de la crítica, el teatro mantuvo un nivel aceptable de espectadores durante el tiempo en que permaneció en cartel. A pesar de todo, más que el inicio de una carrera fulgurante y llena de estrenos para su autor, el estreno de *La mordaza* sería un destello sin continuidad en los años sucesivos, debido en gran parte a la actuación de la censura, que continuó prohibiendo muchas de sus obras.

No obstante, y por fortuna, en su caso no se cumplió la premisa según la cual el autor que no estrena con frecuencia no puede progresar como dramaturgo, y en los años sucesivos, a pesar de la censura, de las condiciones de la empresa teatral y de las muchas dificultades a las que tuvieron —y tienen— que hacer frente los autores dramáticos en este país, la escritura de Alfonso Sastre fue ganando en sentido del humor, en matices, en humanidad de sus personajes...; en definitiva, se fue haciendo más compleja, por utilizar su propia terminología. De modo que la censura nos privó a los españoles de su obra durante los años en que ésta era más necesaria, pero, al menos, no pudo coartar la libertad creadora de su autor ni impedir que nos llegara unas obras que hoy podemos encontrar con relativa facilidad en lo que a ediciones se refiere. También ahora, como en el pasado, que éstas se representen o no, depende de que la nueva sociedad española y sus nuevos gestores culturales sepan estar a la altura de las circunstancias, y sean capaces de reconocer a sus creadores y estar dispuestos a escucharles, sin interponer mordazas de ningún tipo, incluidas las económicas, que hoy han sustituido a las censorias.

En nuestros días, la lectura en clave de alegoría política de *La mordaza* puede resultarnos, ciertamente, lejana; sin embargo, su otra lectura más directa, la de una situación real de maltrato (físico y, sobre todo, psicológico) en el ámbito doméstico —extensible a otros ámbitos, sin necesidad de trascender al plano político— y la invitación a actuar ante tal situación nos sigue resultando más próxima de lo deseable. El ideal machista que propone Isaías según el cual las mujeres deben ser «honestas, limpias y obedientes», y la humillación a que somete a quienes le rodean no resultan del todo lejanos en la España de hoy; un lastre que, sin ser exclusivo de nuestro país ni de nuestro tiempo, no es ajeno al hecho de haber convivido durante cuarenta años con un sistema político que minó las bases de una convivencia civilizada e impuso una moral y unos comportamientos represivos y anacrónicos.

LA MORDAZA
(Drama en seis cuadros y un prólogo)

Esta obra se estrenó en el teatro Reina Victoria, en Madrid, el 17 de septiembre de 1954.

Personajes

ANTONIA, la madre

ISAÍAS KRAPPO, el padre

LUIS, mujer de Juan

JUAN, hijo

ANDREA, criada

JANDRO, hijo

TEO, hijo

EL FORASTERO

EL COMISARIO ROCH

UN AGENTE

CUADRO PRIMERO

Habitación que sirve de cuarto de estar y comedor en una casa rural de grandes proporciones, de sombría y pesada arquitectura. Hay una gran lámpara encendida: una lámpara que no consigue iluminar todos los rincones de la habitación. Las ventanas están abiertas. La gran chimenea, apagada. Es una cálida noche de agosto. El viejo ISAÍAS KRAPPO preside la mesa en que la familia está cenando. ANTONIA, LUISA, JUAN y JANDRO terminan de cenar silenciosamente. ISAÍAS enciende su pipa. ANTONIA, que es una mujer muy vieja y semiciega, se remueve con inquietud y trata de espiar, entornando los ojos, el rostro del viejo.

ANTONIA.— *(Con voz débil y temblorosa.)* No creo que ya tarde mucho.

Habrá tenido algo que hacer. *(ISAÍAS KRAPPO no dice nada.)* Encuentro al muchacho preocupado desde hace algún tiempo, como si tuviera disgustos por ahí. No sé qué pensar de él. *(El viejo guarda silencio.)* ¿Verdad, Isaías, que yo tengo razón? ¿No le notas tú...? Está como distraído. ¿Tú no lo has notado?

ISAÍAS.— ¿Por qué no ha venido a cenar a su hora? Eso es lo que quisiera saber. Eso es lo único que me preocupa en este momento.

ANTONIA.— Habrá tenido...

ISAÍAS.— Calla. Me repugna que todavía trates de disculparlo. Lo que hace con nosotros no tiene perdón. Estamos aquí todos reunidos a la mesa. Es un desprecio que hace a la familia. *(LUISA murmura algo, inclinada sobre su plato.)* ¿Dices algo, Luisa?

LUISA.— No... Es decir, pensaba que yo no me siento despreciada en lo más mínimo... porque Teo tarde esta noche.

ISAÍAS.— No eres precisamente tú, Luisa, la más indicada para decidir cuándo se nos desprecia o no. Eso es cosa mía. Y si lo que te molesta es mi modo de ser, podías haberte evitado el fastidio de sufrirme. Bastaba con que no hubieras entrado a formar parte de esta familia que, por lo visto, te desagrada tanto.

LUISA.— Yo me casé con Juan, y no tengo más familia que Juan. En mí, por si usted quiere saberlo, no manda nadie más que él.

JUAN.— (*En voz baja, nervioso.*) Cállate. Cállate ya.

ISAÍAS.— Si Juan fuera un hombre, no hablarías como hablas, Luisa. Están insultando a tu padre, Juan. ¿No te das cuenta? Si tú no eres capaz de sujetarla, algún día tendré que hacerlo yo.

LUISA.— ¿Qué quiere decir?

JUAN.— (*La coge por un brazo; entre dientes.*) ¿Te vas a callar de una vez?

LUISA.— (*Se suelta.*) Estate quieto. Me haces daño.

ISAÍAS.— Déjala. Está endemoniada. ¿No lo ves? Tiene cien gatos dentro del cuerpo. Es una pena que no tuvieras más ojo para elegir a tu mujer, Juan. El mundo está lleno de mujeres honestas, limpias y obedientes.

JUAN.— (*Con poca voz.*) Padre.

ISAÍAS.— ¿Qué quieres?

JUAN.— (*Con una voz humilde.*) No digas esas cosas de Luisa. Yo estoy contento de haberme casado con ella.

ISAÍAS.— No me extraña. (*Con una cierta dulzura irónica.*) Tú eres un muchacho de muy poco talento, Juan. De pequeño llegaste a preocuparnos a tu madre y a mí. Eras como un animalillo torpe. El médico nos dijo que la culpa de todo la tenían tus nervios. No tenías memoria y hablabas con dificultad... Te costaba trabajo... No sabes la tristeza que nos dio tener un hijo así, ¿verdad, Antonia? Nuestro primer hijo. Nos dio mucha tristeza.

JUAN.— (*Ha bajado la cabeza.*) No deberías contar esas cosas delante de todos, padre.

ISAÍAS.— ¿Por qué? Un hijo mío no tiene de qué avergonzarse. Si te hablo de esto es para que no te olvides nunca de lo que en esta casa se ha hecho por ti...; de que a fuerza de sacrificios y de preocupaciones hemos conseguido sacarte adelante y hacer de ti un hombre del que no se ría la

gente del pueblo. (*Transición.*) Es que... resulta muy doloroso ver que os olvidáis de todo lo que se ha hecho por vosotros y que os tiene sin cuidado herir a unos pobres viejos. Algunas veces pienso que hemos criado cuervos, Antonia..., que hemos criado unos seres extraños que acabarán sacándonos los ojos.

ANTONIA.— Vamos, qué cosas dices. ¿Cómo puedes pensar...? Nuestros hijos son buenos. Los chicos nos quieren y harían cualquier cosa por nosotros. Si de algo estoy contenta en la vida, es de haber tenido hijos. Me encuentro a gusto entre ellos. Y cuando se van, me doy cuenta de lo sola que estoy.

ISAÍAS.— Está bien, Antonia... Me gusta que sueñes... No puedes hacer otra cosa ya..., y hay que disculparte esas pequeñas debilidades... Pobre Antonia, ¿cómo has llegado a esto? Ni siquiera puedes vernos claramente... Te mueves entre sombras... No ves más que unos cuerpos que se mueven; eso es el mundo para ti..., unos cuerpos que se mueven a tu alrededor y que no eres capaz de distinguir..., que te inquietan cuando tiemblan porque no sabes lo que va a ocurrir y siempre te parece que va a ocurrir algo malo. Nos miras, tratas de mirarnos, para averiguar si estamos tristes o si ponemos mala cara... Escuchas, y cuando oyes alguna voz fuerte, te echas a temblar... Tienes miedo. ¿De qué, Antonia? No tienes que tener miedo entre nosotros.

ANTONIA.— Yo no tengo miedo, Isaías... Yo no tengo miedo. ¿Cómo voy a tener miedo si estoy con mis hijos? Solamente a veces, cuando tú te enfadas con algunos de los chicos, cuando tú te enfadas con razón, claro, yo no quisiera que te enfadaras tanto..., y me pongo nerviosa... Sí, tengo que confesártelo..., que me pongo nerviosa... No me gusta oír discutir...

ISAÍAS.— Y, sin embargo, es preciso que nos oigas, Antonia, y tú misma deberías ayudarme a educar a los hijos..., si todavía sirvieras para algo... Pero no puedo contar contigo para nada... desde hace tiempo... Es un poco triste mi situación rodeado de todos vosotros, débiles y enfermos. El más viejo tiene aún que daros lecciones de fuerza y de coraje... (*Añade, amargamente.*) Una pandilla de inservibles; eso es lo que le ha tocado en suerte al viejo Isaías Krappo para consuelo de sus últimos años... (*Sonríe irónicamente.*) Una pandilla por la que siento un gran amor, a pesar de todo... (*Vacía su pipa y se levanta. Va a la ventana.*)

Hace demasiado calor esta noche. Casi no se puede respirar. (LUIZA se levanta y empieza a quitar la mesa. ANDREA, la criada, ha entrado silenciosamente. Entre LUIZA y ANDREA recogen los cubiertos y el mantel. ISAÍAS se acerca a JANDRO, el menor de los hijos, y le da un pescocón cariñoso.) Vamos, Jandro, ¿qué te pasa? No has hablado nada en toda la noche. Estás muy serio.

JANDRO.— No me pasa nada, padre. Tengo mucho sueño. Esta tarde me he cansado mucho en el campo. Ha habido tanto trabajo...

ISAÍAS.— Eres muy joven y el trabajo resulta todavía muy fuerte para ti, pero tienes que ir acostumbrándote. Cuando seas mayor me lo agradecerás. Ahora ve a acostarte si quieres. (JANDRO se levanta.)

JANDRO.— (Bosteza.) Hasta mañana, padre. (Se vuelve a todos.) Hasta mañana. (Le contestan. JANDRO se va. ISAÍAS carga otra pipa.)

ISAÍAS.— ¿Qué te parece el chico, Antonia? Estoy contento con él. No es fuerte, pero tiene lo que a otros les falta. Tiene voluntad.

ANTONIA.— Jandro es un muchacho como hay que ser. (Suspira.) ¡Uf! No corre nada de aire esta noche. Estamos pasando un verano muy malo. No se acaba nunca. Me ahogo. Prefiero el invierno. Se está bien en la lumbre. Pero en verano..., es malo el verano. Es cuando se cometen los crímenes. Cuando los hombres sacan las navajas por nada y corre la sangre. Todos los crímenes ocurren en verano. La sangre de los hombres arde y no pueden pensar. El calor los ciega y no les importa matar a un hombre. Luego, en el invierno, cuando piensan en lo que hicieron, no lo comprenden. No se explican cómo pudieron hacerlo. Y es que ellos no tuvieron la culpa... Fue el calor que les ahogaba, que no les dejaba respirar. (LUIZA y ANDREA han recogido el mantel y los cubiertos, y salen.)

ISAÍAS.— Cállate, Antonia. ¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Qué delirios son éstos?

ANTONIA.— No son delirios. Es la verdad. Soy ya muy vieja, pero sé acordarme de las cosas. Era yo muy niña cuando dos mujeres del pueblo aparecieron muertas en su casa. Las habían matado a hachazos. Fue horrible. No se sabe quién lo hizo. No ha llegado a saberse nunca. Fue en agosto. Éramos ya novios cuando dos hombres riñeron en el pueblo y uno mató al otro. ¿No te acuerdas? Fue en verano. Habían nacido ya Juan y Teo, cuando Julia, la del herrero, ahogó a su niño. Y no tuvo la culpa ella.

Hacía calor. Y todos saben lo que ocurrió en el pueblo el último año de la guerra, las muertes que hubo y cómo se ensañaron los hombres unos contra otros.

ISAÍAS.— (*Sombrio.*) Aquel verano fue preciso hacer muchas cosas. No había otro remedio.

ANTONIA.— Yo pienso, humildemente lo pienso, que siempre hay otro remedio.

Todo antes que matar. Eso es lo que manda Nuestro Señor Jesucristo.

ISAÍAS.— Los que luchamos por el país durante la ocupación, los que fuimos capaces de ametrallar a los soldados extranjeros y a los traidores que los protegían, no nos ocupábamos de tu Señor Jesucristo. Teníamos otras cosas en qué pensar.

ANTONIA.— (*Niega con la cabeza.*) No, no, Isaías... En eso déjame decirte que te equivocas... Siempre hay que pensar en Nuestro Señor Jesucristo.

ISAÍAS.— (*Ríe.*) ¿Eso es todo lo que te enseñan en la iglesia?

ANTONIA.— Y rezamos. Yo rezo mucho por ti, Isaías, por la salvación de tu alma.

ISAÍAS.— (*Con una cara irónica.*) Te lo agradezco, Antonia. En serio te lo digo, te lo agradezco. (*Alguien hace ruido fuera. Es TEO, que llega. Entra vacilante.*)

TEO.— Me... Me he entretenido un poco con los amigos. Perdonadme.

ISAÍAS.— ¿De dónde vienes?

TEO.— Hemos estado... en la taberna. Hemos tomado unos vasos de vino. Hemos estado cantando. Yo quería venirme ya, pero me decían que me quedara. Me gastaban bromas. «¿Tienes miedo de que te riña tu padre?», me decían. Y yo me he quedado con ellos para que vieran... (*LUISA vuelve. Va junto a JUAN, que, inquieto, lía un cigarrillo, y le pasa una mano por el hombro. Observan la escena.*)

ISAÍAS.— Para que vieran ¿qué?

TEO.— Para que vieran que yo soy un hombre y que no me asusto por cualquier cosa. Así que me he quedado y hemos estado divirtiéndonos un poco. Pero yo estaba deseando venirme, padre.

ISAÍAS.— Estábamos todos sentados a la mesa; la familia reunida para la cena, como debe ser... Hasta te hemos esperado un poco... Queríamos estar todos juntos, como siempre... Sabes la importancia que tiene para nosotros esto... Lo sabes porque ésa es la educación que te he dado... Pero

tú, a esa ahora que es sagrada para nosotros, estabas en la taberna emborrachándote... Es triste.

TEO.— Padre, yo no quería ofenderos tanto.

ISAÍAS.— (*Sus ojos relampaguean.*) ¡Eso es lo malo! Que no querías ofendernos. ¡Eso es lo malo! Que hacéis las peores cosas sin querer. Si lo que hubieras querido es ofendernos y lo hubieras hecho por fastidiarnos, para que nos diéramos cuenta de tu desprecio, sería otra cosa... Esto sería una lucha y no una reprimenda paternal... Sabríamos a qué atenernos..., las cosas estarían claras... Pero estas situaciones son ridículas... Vete, vete a dormir. Déjame en paz. No quiero ni verte. Me da asco que seáis así.

TEO.— Hasta mañana.

ANTONIA.— Hasta mañana si Dios quiere, hijo mío. (*TEO sale.*)

ISAÍAS.— Juan, ayuda a tu madre..., acompáñala a la habitación...

ANTONIA.— Con este calor no creo que pueda dormir. Anoche no dormí nada.

ISAÍAS.— Le abres todas las ventanas, Juan.

ANTONIA.— Pero no entra nada de aire..., nada de aire... (*JUAN va acompañándola. Salen. Un silencio. ISAÍAS enciende su pipa.*)

ISAÍAS.— No deberías ser tan cruel conmigo, Luisa. Deberías respetarme más de lo que lo haces. Podríamos ser buenos amigos si tú quisieras.

LUISA.— Usted no me es simpático. No lo puedo remediar.

ISAÍAS.— Antes me has obligado a decirte delante de todos unas cosas poco agradables. He tenido que hacerlo para que ellos no sientan en mí ninguna debilidad. Estaría perdido. Pero tú sabes que no he tenido intención de ofenderte. Te lo he dicho para que ellos lo oigan; pero tú sabes que siento un gran afecto por ti.

LUISA.— No me interesa para nada su afecto.

ISAÍAS.— Eres dura conmigo..., eres muy cruel... ¿Qué te he hecho para que seas así?

LUISA.— No me ha hecho nada. No es preciso que me haga nada para que yo sienta por usted esta..., esta aversión... Le he dicho que no lo puedo remediar.

ISAÍAS.— Desde el principio, desde que Juan te trajo a la casa, he pretendido ser amigo tuyo... Pero tú me has rechazado siempre..., me pones mala cara, me huyes..., o te enfrentas conmigo delante de todos y me faltas al respeto... ¿Por qué eres así? No quieres decirlo, pero lo sé. ¿Te crees

que no lo sé? Te contaros cosas sobre mi antes de venir a la casa... Te previnieron contra mí... La mala gente... ¿Qué te dijeron?

LUISA.— Nada. Nadie me dijo nada.

ISAÍAS.— Estás mintiendo. Te dijeron que yo era un mal hombre..., que era un viejo de malas costumbres, ¿a que sí? (*Ríe.*) Que era un viejo que no se resignaba a serlo y que todavía trataba de procurarme diversiones. Te dirían que trataba de divertirme con chicas jóvenes..., que andaba detrás de las criadas y que no perdonaría ni a la mujer de mi hijo... ¿Te dijeron eso? Me conozco a la gente del pueblo... Me sé sus mañas y sus envidias de siempre... No me perdonan que esté fuerte y que tenga dinero..., el dinero que yo me he ganado con estos puños trabajando como una bestia. ¿Y qué más? ¿Qué más te han dicho? Que durante la guerra fui cruel y que hicimos barbaridades en los pueblos de la comarca... Que asaltamos trenes y pusimos bombas... Que matamos a mucha gente... ¿Y quién te ha dicho eso? Algún cobarde que se estaba en su casa mientras ocurrían todas esas cosas..., mientras los demás luchábamos por su libertad y por la dignidad que él no tenía.

LUIS.— Se equivoca. Nadie me ha hablado de usted antes de venir a esta casa.

ISAÍAS.— ¿Te crees que no sé lo que se dice en el pueblo de mí?

LUISA.— Yo nunca he hecho caso de lo que se dice en el pueblo. Yo hubiera podido llevarme bien con usted a pesar de las cosas que he podido oír en el pueblo..., de las cosas que he oído, aunque nadie me las haya dicho.

ISAÍAS.— Todos lo cuentan como si otro lo dijera. Me tienen miedo. Me atacan desde la oscuridad. Son una raza de reptiles blandos y pegajosos, una raza de cobardes.

LUISA.— Hay quienes hablan bien de usted. Hay quienes lo admiran.

ISAÍAS.— Los viejos compañeros de la resistencia, los de la partida; ya lo sé. Aquéllos fueron unos buenos días que ninguno podremos olvidar. (*LUISA hace un gesto de fatiga y de calor. Se desabrocha un botón de la blusa y se pasa la mano por la frente.*) Tienes mucho calor, ¿verdad?

LUISA.— Sí. Hace mucho calor. Si corriera un poco de viento... Pero así es insufrible.

ISAÍAS.— Esta casa sigue siendo un horno en el verano. No he conseguido nada rodeándola de árboles. Siento que tengas tanto calor, Luisa..., aun-

que te sienta bien... *(Se acerca a ella.)* Te sienta bien... este calor...
(LUISA lo ve acercarse con repugnancia. Aparece JUAN en la puerta.)

JUAN.— Si quieres, Luisa, podemos irnos a dormir. *(ISAÍAS se vuelve hacia su hijo.)*

ISAÍAS.— ¿Ya os vais?

LUISA.— *(Se levanta.)* Sí. Mañana hay que levantarse temprano. *(Va junto a JUAN.)*

JUAN.— Buenas noches, padre.

ISAÍAS.— Adiós, hijos. Buenas noches. *(LUISA y JUAN salen. ISAÍAS KRAPPO queda solo. Vuelve a tomar la pipa, risueño. La enciende. Va a un armarito y saca una botella de licor. Bebe. Canturrea una canción. Se desabrocha la camisa y se pasa un pañuelo por la cara. Sigue canturreando. Toma otra copa. Suenan unos golpes fuertes en la puerta de la calle. ISAÍAS los escucha extrañado. Vuelven a sonar los golpes.)* ¡Andrea! ¡Ve a abrir! *(Un silencio. Entra ANDREA.)*

ANDREA.— Es un señor que pregunta por usted.

ISAÍAS.— ¿Un señor? ¿Quién?

ANDREA.— No lo conozco. No es del pueblo ni ha venido nunca por aquí.

ISAÍAS.— ¿Y qué quiere a estas horas?

ANDREA.— Dice que quiere hablar con usted.

ISAÍAS.— *(Se encoge de hombros.)* No comprendo quién puede ser. Dile que pase. *(ANDREA sale y vuelve al poco con un hombre delgado, pálido de ojos inquietos y extraviados. ISAÍAS le observa y frunce el ceño.)*
 ¿Qué quiere usted? ¿Qué busca a estas horas?

EL FORASTERO.— Es..., es usted Isaías Krappo, ¿verdad?

ISAÍAS.— Sí...

EL FORASTERO.— Quería..., quería hablar con usted.

ISAÍAS.— ¿No ha podido esperar hasta mañana?

EL FORASTERO.— Es que... acabo de llegar. Tengo el coche en la carretera. He estado rodando siete horas por esos caminos hasta llegar aquí. Estoy muy cansado.

ISAÍAS.— Usted me explicará si puede..., o si quiere...

EL FORASTERO.— Desde hace tiempo tenía interés en hablar con usted. Pero no ha podido ser hasta ahora.

ISAÍAS.— ¿Por qué razón?

EL FORASTERO.— He estado..., (*Trata de sonreír.*) he estado sin salir durante algún tiempo... He estado... en la cárcel, por decirlo de una vez. Esta mañana, a primera hora, me han puesto en libertad. Después de, ¿sabe usted?, después de tres largos años, tres largos años; ¿se da cuenta? He estado tres años sin hablar con nadie, pensando, esperando el momento de salir para darme una vuelta por estos pueblos, que para mí tienen ciertos recuerdos... aterradores. ¿Me permite sentarme? Estoy como mareado.

ISAÍAS.— Siéntese.

EL FORASTERO.— Usted se habrá dado cuenta de mi caso. Sufro mucho con los nervios y no puedo dormir. Así que estoy enfermo y... desesperado... No sé lo que voy a hacer. Espero tranquilizarme cuando haga... lo que pretendo hacer; cuando mate a un hombre que no merece vivir... (*Parece que le falta la respiración.*) en esta tierra..., quiero decir... en el mundo.

ISAÍAS.— ¿De qué me está hablando? ¿Está loco o qué le ocurre?

EL FORASTERO.— Quizá esté volviéndome loco. Ha sido demasiado para mí. Y ahora me es imposible dormir. No puedo descansar.

ISAÍAS.— (*Que empieza a divertirse con la situación.*) ¿Y qué tengo yo que ver en todo esto? Si usted quiere decírmelo.

EL FORASTERO.— Es difícil hablar de ciertas cosas. Usted ya se habrá figurado por qué he estado en la cárcel... desde hace tres años..., desde que terminó la guerra justamente.

ISAÍAS.— Supongo que colaboré amigablemente con las fuerzas de ocupación.

EL FORASTERO.— Exacto. Colaboré... amigablemente. Por eso estuvieron a punto de matarme. Me condenaron a muerte. Luego hubo personas que se interesaron por mí y he estado en una celda tres años, tres largos años, como le digo; tres años que han destrozado mis nervios por completo. Pero lo peor ya me había ocurrido antes, durante la guerra. Puede que usted sepa algo de aquello; por eso he venido a hablar con usted. Es lo primero que hago después de salir de la cárcel. Venir a hablar con usted. Usted puede que sepa...

ISAÍAS.— ¿Cómo ha sabido mi nombre?

EL FORASTERO.— ¿Su nombre? No lo he olvidado. No podía olvidarlo, naturalmente.

ISAÍAS.— ¿Lo recordaba... de la guerra?

EL FORASTERO.— Sí.

ISAÍAS.— (*Qué está poniéndose nervioso.*) Hable de una vez. Hable de una vez, si quiere.

EL FORASTERO.— (*Lo mira, imperturbable.*) Le hablaba de algo muy doloroso..., de algo que me ocurrió durante la guerra... en estos alrededores; a cinco kilómetros del pueblo, aproximadamente. Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Fue una cosa tan terrible, que no he podido olvidarla. Y recuerdo hasta las caras de los que intervinieron.

ISAÍAS.— Continúe.

EL FORASTERO.— Íbamos en dos coches. En el primero iba yo con... con una importante personalidad del..., sí, del ejército de ocupación... En el otro iban nuestras mujeres y mi hija..., mi hija de doce años... Fuimos asaltados, a unos cinco kilómetros de este pueblo, como le digo, por una partida de la resistencia..., de patriotas..., de lo que nosotros llamábamos terroristas... Por la partida de Isaías Krappo...

ISAÍAS.— ¿Estás seguro? Yo no recuerdo nada. No sé de qué me está hablando.

EL FORASTERO.— Las mujeres quedaron en poder de..., de los patriotas... El general que iba conmigo recibió un balazo en el pecho y murió dos horas después. En el momento del ataque traté de ir en auxilio de las mujeres, pero el conductor no tenía otra idea que salir del círculo de fuego. Y lo consiguió. Sólo él y yo quedamos a salvo. Unos días después aparecieron los cadáveres de las mujeres y de la niña en un barranco. Estábamos preparando una expedición de castigo, pero ya no nos dio tiempo. La expedición quedó aplazada, y ahora he venido yo.

ISAÍAS.— ¿A qué ha venido?

EL FORASTERO.— A hacer justicia.

ISAÍAS.— ¿A buscar al que mató a su mujer y a su hija?

EL FORASTERO.— A ése ya lo he encontrado.

ISAÍAS.— (*Ríe.*) ¿Piensa que fui yo?

EL FORASTERO.— No se ría. Sé que fue usted. Es curioso. Cuando venía hacia aquí me figuraba que no podría estar tranquilo ante Isaías Krappo. Me figuraba que trataría de abalanzarme sobre él y matarlo. Pero ahora estoy aquí y veo que ésa no sería la solución. Y se me ocurren... (*Sonríe extraviadamente.*) las más distintas y extraordinarias venganzas.

ISAÍAS.— Todo eso es una especie de delirio suyo. No recuerdo nada de lo que dice. No tengo nada que temer.

EL FORASTERO.— Lo veremos.

ISAÍAS.— Ahora márchese de mi casa.

EL FORASTERO.— Me iré tranquilamente, sin apresurarme..., si usted me lo permite. Y usted me lo permitirá, porque no le conviene, de ningún modo le conviene, despedirme de mala forma. Usted ya sabe lo que ocurre. Tiene un mal enemigo vivo, desesperado y libre..., completamente libre, por fin... Puede que esto llegue a quitarle el sueño. No le prometo, amigo Krappo, no le prometo que usted vaya a vivir aún muchos años... Y hasta es posible que muera de mala forma y que sus últimos días sean bastante desagradables.

ISAÍAS.— *(Con voz metálica.)* Márchese, márchese de aquí.

EL FORASTERO.— A mí no me importa ya morir, ¿ve usted? Y, sin embargo, usted desea, fervientemente lo desea, vivir muchos años... Se dará cuenta de cuál de los dos es el que va a sufrir de aquí en adelante... *(Ríe nerviosamente.)* Es hasta divertido pensarlo... Y ahora me retiro, señor. Esta noche puede dormir, se lo permito. *(Ríe.)* Buenas noches. *(Se va. En cuanto ha salido, ISAÍAS se levanta y va a un armario, del que saca una pistola. La monta y sale rápidamente. Un silencio. Llega LUISA, en bata. Busca un tubo de comprimidos en un mueble, y se toma uno con un vaso de agua. Se asoma distraídamente a un ventanal. Suena, fuera, un disparo. LUISA, inquieta, trata de ver qué ha ocurrido. De pronto grita hacia fuera.)*

LUISA.— ¿Eh? ¿Usted? *(Deja la ventana y va hacia la puerta en el momento en que entra ISAÍAS.)* ¿Qué ha hecho? ¿Qué es lo que ha hecho?

ISAÍAS.— ¡Calla! ¡Calla! Yo no he hecho nada. Tú no has visto nada. ¡O tomate! ¿Qué haces aquí a estas horas? ¡Vete a dormir! *(LUISA, asustadísima, se retira. ISAÍAS apaga la luz y va junto a la ventana. Vemos su silueta sobre el fondo del cielo. Enciende su pipa. Va haciéndose el oscuro.)*

CUADRO SEGUNDO

El mismo escenario. Al día siguiente por la mañana. ISAÍAS, sentado, desayuna. JANDRO, desde el ventanal, mira al exterior.

ISAÍAS.— ¿Vienen hacia aquí?

JANDRO.— Sí.

ISAÍAS.— ¿Cuántos son?

JANDRO.— Dos. Uno, de uniforme.

ISAÍAS.— Es la Policía. Vendrán a ver si nosotros sabemos algo. ¿Tú oíste algún disparo?

JANDRO.— No. Yo no oí nada. Me he enterado cuando Andrea ha venido diciéndolo esta mañana. Madre tampoco ha oído nada. Ni Teo. Es muy raro eso; ¿no le parece, padre? A ver si lo han traído ya muerto y lo han dejado tirado ahí. Podría ser, ¿verdad, padre?

ISAÍAS.— (*Se encoge de hombros.*) Cualquiera sabe. Cualquiera sabe lo que ha ocurrido. ¿Y Teo y Juan?

JANDRO.— Han ido al campo. No iban a abandonar su trabajo por esto. Si me dejas, yo también quiero ir. No voy a perder una mañana.

ISAÍAS.— No. Tú quédate hoy. Puedes hacer falta aquí. (*Entra ANDREA.*)

ANDREA.— (*Que parece nerviosa.*) Quieren hablar con usted... los de la Policía.

ISAÍAS.— Que pasen, que pasen. (*Sale ANDREA. ISAÍAS sigue desayunando tranquilamente. ANDREA vuelve con el COMISARIO ROCH y un agente. Ella se retira.*)

COMISARIO.— Buenos días.

ISAÍAS.— (*Desayunando.*) Buenos días. Pase. Siéntese si quiere.

COMISARIO.— El señor Isaías Krappo, ¿verdad?

ISAÍAS.— Sí.

COMISARIO.— Soy el comisario Adolfo Roch, del Departamento Provincial.

ISAÍAS.— Tengo mucho gusto en conocerle.

COMISARIO.— (*Al agente.*) Espere usted fuera. (*El agente sale.*) Le supongo enterado de lo ocurrido.

ISAÍAS.— Ha sido una criada nuestra la que ha descubierto el..., el cuerpo.

COMISARIO.— El cadáver, quiere usted decir.

ISAÍAS.— La criada ha venido diciendo que había un hombre muerto cerca de la carretera..., pero yo he pensado que podía no estar muerto.

COMISARIO.— Sí, lo está. (*Por JANDRO.*) ¿Es hijo suyo?

ISAÍAS.— Sí.

COMISARIO.— No es completamente preciso que ahora esté con nosotros. En otro momento hablaré con él.

ISAÍAS.— Jandro, ya lo oyes. Vete a dar una vuelta. Pero que no se te ocurra acercarte a..., a «eso».

COMISARIO.— No le dejarán acercarse. No se preocupe.

ISAÍAS.— Anda. (*JANDRO sale. Un silencio.*)

COMISARIO.— ¿Puede usted ayudarnos en algo?

ISAÍAS.— Mucho me temo que no.

COMISARIO.— ¿No ha oído un disparo durante la noche?

ISAÍAS.— No. No he oído absolutamente nada. Estuve aquí, en esta habitación, hasta bastante tarde.

COMISARIO.— ¿Hasta qué hora?

ISAÍAS.— Puede que hasta media noche. Estuve tomando unas copas de coñac y me quedé adormilado en esta butaca. Cuando me desperté, debería ser..., sí, cerca de las doce. Entonces me fui a acostar. Cuando esta mañana me he despertado, he tenido la primera noticia del..., del extraño suceso.

COMISARIO.— ¿Quiénes más viven en la casa?

ISAÍAS.— Mi mujer y mis tres hijos..., y la mujer de mi hijo el mayor... Dos criadas y un criado que no duerme en la casa.

COMISARIO.— ¿Dónde duerme?

ISAÍAS.— En el pueblo.

COMISARIO.— ¿A qué distancia está el pueblo de la casa?

ISAÍAS.— A unos seiscientos metros.

COMISARIO.— ¿De aquí al pueblo no hay ninguna vivienda..., alguna cabaña...?

ISAÍAS.— No. Nada. Estamos un poco aislados, ésa es la verdad. A las mujeres, a veces, les da miedo. Sobre todo en invierno.

COMISARIO.— (*Saca un paquete de cigarrillos.*) ¿Quiere usted?

ISAÍAS.— No, gracias. Fumaré en mi pipa. (*Carga la pipa.*) Es un poco raro todo esto, ¿no le parece? Ninguno de la casa, que yo sepa, ha oído el disparo de que usted habla.

COMISARIO.— ¿Usted fue el último en acostarse?

ISAÍAS.— Sí.

COMISARIO.— Hay que suponer, entonces, que todos estaban dormidos cuando sonó.

ISAÍAS.— Pero un disparo... a esa distancia... ¿No piensa usted que pueden haberlo traído ya muerto? Esa idea se nos ha ocurrido a mi hijo y a mí cuando él me decía hace un momento que tampoco había oído nada.

COMISARIO.— Habría que suponer entonces que alguien trajo el cadáver en el coche, y que abandonó aquí ambas cosas para marcharse, ¿por dónde?, ¿adónde?

ISAÍAS.— ¿Qué voy a decirle? Ha sido una suposición sin ningún fundamento... Nos parecía inexplicable no haber oído el disparo.

COMISARIO.— No es eso lo más inexplicable. Un disparo de una pistola de 6,35 difícilmente puede despertar a una persona a la distancia que hay de la carretera aquí.

ISAÍAS.— ¡Ah! ¿Ha sido con una pistola pequeña?

COMISARIO.— Sí. Una diminuta bala perfectamente colocada en el corazón. Una obra maestra. Un magnífico tiro por la espalda. ¿Tiene usted fuego? Se me han terminado las cerillas. (*ISAÍAS le enciende el cigarrillo.*) Tiene usted un magnífico pulso para su edad..., y más teniendo en cuenta que en estos momentos está usted siendo sometido (*Sonríe.*) a un interrogatorio policíaco.

ISAÍAS.— Estoy acostumbrado a los interrogatorios policíacos, comisario Roch. Y verdaderamente ninguno ha sido tan benévolo como éste. Fui uno de los jefes de la Resistencia en esta comarca, y más de una vez caí en poder de la Policía. No tengo que decirle que me trataron con la mínima amabilidad.

COMISARIO.— No hay que confundir a la Policía con aquella organización de terrorismo.

ISAÍAS.— Ellos le llamaban Policía.

COMISARIO.— Ya lo sé. Yo también tuve que sufrirlos en el Norte. Servía de enlace entre la capital y los grupos de la costa. Fui capturado una sola vez, pero me bastó. Me pegaron fuerte. Después de la guerra tuvieron que hacerme... una delicada operación. Y me ha quedado un bonito recuerdo de aquellos «policías»: la falta de un pulmón. Como comprenderá, no siento un gran afecto por aquella gente.

ISAÍAS.— Yo los odiaba con todo mi corazón. Me repugnaban sin saber por qué.

COMISARIO.— Era mala gente. (*Un silencio.*) ¿Sabe que el muerto era uno de ellos?

ISAÍAS.— ¿Cómo?

COMISARIO.— (*Sonríe.*) Esta vez el cadáver llevaba documentación.

ISAÍAS.— ¿Qué clase de documentación?

COMISARIO.— Hace menos de veinticuatro horas que había salido de la cárcel.

ISAÍAS.— ¿Había pertenecido a las Milicias?

COMISARIO.— Tuvo un cargo más importante. Un cargo militar.

ISAÍAS.— No me extraña que lo hayan matado en esta tierra. Ahora no me extraña. Esa gente no tiene ninguna simpatía por aquí. Hicieron tres operaciones de castigo bastante importantes en la comarca. Mataban a las mujeres y a los niños. Les daba igual. Ha podido matarlo cualquiera..., cualquiera del pueblo o de los alrededores. Pero ¿qué vendría a buscar aquí? ¿La muerte? ¿Vendría a suicidarse? No me lo explico. Puede que fuera un desesperado... Que tuviera remordimientos... Y que haya venido a buscar el castigo de mano de sus víctimas. Ésta fue una de las comarcas más castigadas, comisario Roch, y los campesinos tienen buena memoria.

COMISARIO.— ¿Piensa usted que puede haberlo matado cualquiera?

ISAÍAS.— Conozco a la gente de esta tierra. Somos rencorosos y vengativos. Si el hombre ha querido matarse, no le habría sido difícil. Bastaba con que se presentara en una casa cualquiera, en una casa honrada y pacífica, diciendo que él, en aquellos momentos terribles para nosotros, estaba con los que incendiaban nuestras casas y con los que amenazaban a nuestros hijos.

COMISARIO.— ¿Piensa usted que cualquiera..., usted mismo...?

ISAÍAS.— Yo soy un viejo, y probablemente no hubiera sido capaz de matarlo; pero hubiera visto con gusto que cualquiera de mis hijos lo hacía.

COMISARIO.— Sin embargo, no hubo ocasión, ya que este hombre no vino a la casa. ¿Es así?

ISAÍAS.— La primera noticia que hemos tenido de él ha sido la de su muerte, comisario.

COMISARIO.— Lo lamento, pero esta maldita historia va a causarles de ahora en adelante ciertas molestias. Tendrán que responder a los interrogatorios y aguantar por algún tiempo nuestras inconveniencias.

ISAÍAS.— Estamos a disposición de ustedes. Lo que siento es que tengan que hacer todo este trabajo para encontrar al..., al «asesino» de un tipo como ése. Debería estar permitido matar a esos tipos como si fueran perros.

COMISARIO.— (*Mueve la cabeza.*) Este hombre había cumplido su condena, y no hay otro remedio que considerarlo, a todos los efectos, un ciudadano respetable... (*Entra LUISA. Se sorprende de ver al COMISARIO y trata de retirarse.*) Eh, señorita. No se vaya. (*A ISAÍAS.*) ¿Quién es?

ISAÍAS.— La mujer de mi hijo el mayor. (*LUISA vuelve como espantada.*) Es el comisario Roch, Luisa. Está encargado de investigar el crimen de esta noche.

COMISARIO.— Tengo mucho gusto en conocerla, señora. (*LUISA hace una torpe inclinación de cabeza.*) Usted querrá decirme seguramente si oyó anoche algún disparo.

LUISA.— ¿Si oí...?

COMISARIO.— Un disparo durante la noche. (*Un silencio. ISAÍAS espera la respuesta con los músculos de la cara en tensión.*) Trate de recordar. ¿Oyó un disparo?

LUISA.— Sí.

COMISARIO.— ¿Sobre qué hora?

ISAÍAS.— ¿Que oíste un disparo, Luisa? ¿Y cómo me dijiste antes a mí que no? ¿Por qué me lo ocultaste? No tiene ninguna importancia, pero ¿por qué vas a ocultar una cosa así? ¿Tienes algo que temer? No. Pues entonces...

LUISA.— Es que... no estaba muy segura. Pensaba que lo habría oído en sueños. Luego lo he pensado mejor y me he dado cuenta de que oí de verdad un disparo...

COMISARIO.— ¿Sobre qué hora?

LUISA.— (*Nerviosa.*) No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? No miré el reloj. Me asustó oírlo y me escondí entre las sábanas. Luego me dormí.

COMISARIO.— Está bien. Si me lo permiten, voy a dar un paseo por los alrededores de la casa. Tengo que cumplir con la rutina del oficio. Pero antes quisiera hablar un momento con su mujer.

ISAÍAS.— Estará a la espalda de la casa, a la sombra. ¿Quiere que lo acompañen?

COMISARIO.— No. No es preciso. Hasta luego. *(Sale. ISAÍAS se acerca rápidamente a LUISA y en voz baja, casi en un susurro, le dice.)*

ISAÍAS.— ¡Idiota! Has estado a punto de estropearlo todo. ¿Qué te ocurría?

LUISA.— Estoy muy nerviosa. No puedo dominar los nervios.

ISAÍAS.— *(Habla rápido, animadamente.)* Ya no estás nerviosa. No puedes estarlo. No tienes nada que temer. He tenido razón al hacerlo, ¿sabes? Ya hablaremos de esto. Tiene que quedar entre nosotros. Andrea sabe que el hombre estuvo aquí, en la casa. ¿Tú no lo sabías? Sí, estuvo aquí y me amenazó de muerte. Pero Andrea no va a decir nada. Es buena amiga mía, y le hago regalos en secreto de vez en cuando... No me mires así. No soy un monstruo; soy un pobre viejo que os quiere... y que se sacrifica por vosotros... No le digas nada a Juan. A él menos que a nadie. Se moriría de dolor. Me quiere mucho el pobre. No le digas nada. Ahora voy a hablar otra vez con Andrea. Es una buena chica, pero torpe. Hasta luego, Luisa. Ánimo. *(Guiña un ojo.)* La cosa no es para tanto. Verás cómo dentro de un mes nos reímos de estas preocupaciones. Ánimo, Luisa. Hasta luego. *(LUISA queda sola. Rompe a llorar nerviosamente.)*

(Oscuro.)

CUADRO TERCERO

El dormitorio de LUISA y JUAN. LUISA, sentada en la cama, lee un periódico. Entra JUAN. LUISA se sobresalta.

JUAN.— ¿Qué te pasa?

LUISA.— Me has asustado. Estaba leyendo lo del crimen, y como has abierto la puerta de pronto...

JUAN.— ¿Qué estabas leyendo?

LUISA.— Lo del crimen.

JUAN.— ¿Qué dice el periódico?

LUISA.— Dice que todos los diarios del país «han recogido ampliamente este suceso».

JUAN.— ¿Y qué más?

LUISA.— Que «al cabo de cinco días de investigaciones... (*Lee.*) el misterio sigue siendo tan impenetrable como el primer día». No han encontrado nada.

JUAN.— He oído que como el terreno estaba seco, no han podido encontrar huellas. Por lo visto, los policías, si no encuentran huellas, no pueden descubrir nada. Y tampoco han encontrado la pistola. ¿Habla hoy de nosotros el periódico?

LUISA.— Sí. Hoy también. Y ya podían dejarnos en paz.

JUAN.— Déjalos. Eso no molesta. ¡Como no tenemos nada que temer...! (*Un silencio.*)

LUISA.— Están buscando al criminal por toda la comarca.

JUAN.— Me han dicho en el pueblo lo que piensa la Policía. Que el criminal o los criminales venían en el coche con él. Que le dieron el tiro antes de llegar, un poco antes de llegar al sitio en que paró el coche, de manera

que tú pudiste oír un disparo..., yo no oí nada... Que se bajaron del coche y atravesaron el bosque hasta la carretera general, donde tendrían otro coche preparado para huir. Pero ¿qué motivos tenían para matarlo? De eso no se sabe nada.

LUISA.— No. No se sabe nada. Verdaderamente, no se sabe nada.

JUAN.— ¿Qué quieres decir, Luisa? Has puesto cara de mucho misterio. ¿Es que sabes tú algo? La verdad es que vengo notándote un poco rara desde que ocurrió lo del crimen. ¿Sabes algo tú? Todo lo demás en la casa sigue igual, menos tú. ¿Es que sabes algo?

LUISA.— No, Juan. Nada.

JUAN.— No me vas a ocultar a mí una cosa, ¿verdad, Luisa? No me la vas a ocultar.

LUISA.— No.

JUAN.— Es que si algún día me ocultaras algo, no te podría perdonar. Es lo único que no te perdonaría. Siempre te lo he dicho.

LUISA.— (*Nerviosa.*) Está bien, está bien. Ya te he oído. ¿Quieres dejarme en paz?

JUAN.— Tampoco quiero que te enfades. Perdóname.

LUISA.— (*Lo mira con ternura.*) Pero si no me he enfadado contigo, Juan. ¿Cómo voy a enfadarme contigo?

JUAN.— (*Sonríe y pide con una terquedad infantil.*) Entonces, cuéntame lo que sea.

LUISA.— ¿De verdad quieres saberlo todo?

JUAN.— Sí.

LUISA.— Todavía estás a tiempo, Juan. Tu padre me dijo que esto sería un gran dolor para ti; que te morirías de dolor.

JUAN.— ¿Qué es?

LUISA.— Tengo miedo de hablar.

JUAN.— No tengas miedo. Habla.

LUISA.— Sé que voy a hacerte mucho daño, pero soy egoísta y no puedo llevar esta carga yo sola. (*Con lágrimas en los ojos.*) Ayúdame.

JUAN.— Aquí estoy yo para eso, Luisa. No tengo otra cosa que hacer en el mundo.

LUISA.— Es sobre el crimen, Juan.

JUAN.— Di.

LUISA.— No fueron unos criminales que vinieron en un coche y que dejaron ahí al hombre muerto. El hombre vino solo y estuvo en esta casa.

JUAN.— ¿Que estuvo en esta casa?

LUISA.— (*Asiente.*) Y, cuando volvía hacia el coche, fue tu padre quien lo mató.

JUAN.— (*Con los ojos muy abiertos, en voz muy baja y medrosa.*) ¿Cómo sabes eso?

LUISA.— Porque lo vi.

JUAN.— ¿Cómo pudiste verlo?

LUISA.— No podía dormir y bajé a tomar un comprimido. Tú no te diste cuenta de nada. Estabas durmiendo.

JUAN.— ¿Desde dónde lo viste?

LUISA.— Desde el ventanal de abajo.

JUAN.— ¿Mi padre lo mató?

LUISA.— Sí. Él fue.

JUAN.— Pero ¿cómo es posible? ¿Quién era ese hombre?

LUISA.— No lo sé.

JUAN.— Luisa, es terrible lo que me has contado. Es terrible. (*Se estremece y tiembla visiblemente.*) Es terrible lo que me has contado.

LUISA.— (*Lo mira asustada.*) Por eso no me atrevo, Juan.

JUAN.— Mi padre no es un asesino, Luisa. Durante la guerra luchó como todos; pero no es un asesino.

LUISA.— Ya lo sé, Juan.

JUAN.— Tiene mal carácter; todo lo que tú quieras. Pero no es un criminal.

LUISA.— Claro. Algo debió pasarle aquella noche para hacer lo que hizo.

JUAN.— Sí. Debió ser como un ataque. Como un ataque de locura.

LUISA.— Tu padre me dijo que ese hombre lo había amenazado de muerte.

JUAN.— Entonces es que tuvo miedo. Tuvo un enorme miedo y lo mató para defenderse del miedo... En un momento de locura. Hay que perdonárselo. Yo se lo perdono a mi padre. Para mí no es un criminal. ¿Y para ti, Luisa? (*LUISA guarda silencio.*) Hacía calor —mi madre siempre lo dice: que los días de calor son malos...— y mi padre estaba nervioso... ¿Tú qué piensas? (*LUISA guarda silencio.*) Ya veo que tú no se lo vas a perdonar, Luisa ¡Y sin embargo, hay que perdonarle, hay que perdonárselo todo a mi padre! Es muy viejo y tenemos que ser buenos con él en estos momentos.

LUISA.— Yo no quiero hacerte más daño, Juan; pero tu padre ha matado a un hombre, le ha dado un tiro por la espalda, lo ha dejado muerto en el campo y ha vuelto a la casa tranquilo y casi alegre. Y está entre nosotros, y hace sus trabajos de cada día como un hombre honrado cualquiera. Y

mientras tanto, están buscando a un criminal por toda la comarca y la Policía habrá pegado ya a más de un vagabundo inocente para que hable de algo que no sabe... Hay que tener en cuenta todo esto, Juan.

JUAN.— Yo no puedo tenerlo en cuenta. Yo no puedo. ¿Y Teo? ¿Qué sabe él? ¿Sabe algo?

LUISA.— No. Sólo Andrea lo sabe.

JUAN.— ¿Por qué Andrea?

LUISA.— Porque fue la que abrió la puerta a ese hombre.

JUAN.— Hay que decírselo a Teo.

LUISA.— ¿Y vamos a saberlo todos en la casa?

JUAN.— Sí, es mejor. Por lo menos, mi hermano Teo tiene que saberlo. No me sirve que lo sepas tú, porque tú no eres su hija.

LUISA.— Si lo sabemos todos, la situación va a ser más difícil de soportar.

JUAN.— Teo tiene que saberlo. Dile que venga. (LUISA sale. JUAN pasea nerviosamente. Lía un cigarrillo. Vuelve LUISA.)

LUISA.— Ahora viene.

JUAN.— Compréndelo, Luisa. Teo tiene que saberlo.

LUISA.— Lo que tú quieras. Pero si tu padre supiera que lo he contado..., creo que me mataría.

JUAN.— No, Luisa. No te preocupes. No lo sabrá. (Entra TEO.) ¡Teo!

TEO.— ¿Qué quieres?

JUAN.— Tengo que contarte algo terrible para nosotros, algo que no quisiera tener que decirte.

LUISA.— No hables tan alto. Nos puede oír.

JUAN.— (Baja la voz.) Es sobre nuestro padre.

TEO.— Tú dirás.

JUAN.— Nuestro padre es el criminal que andan buscando. (Espera la reacción de TEO, pero TEO está tranquilo.)

TEO.— (Dice simplemente.) Me lo figuraba.

JUAN.— ¿Cómo? ¿Que te figurabas...?

TEO.— (Tranquilo.) Sí.

JUAN.— ¿Por qué? ¿Cómo podías figurarte...?

TEO.— Me había enterado por unos viejos compañeros suyos de la partida de quién era el muerto.

JUAN.— ¿Quién era?

TEO.— (Sonríe de un modo un poco cínico.) Nuestro querido padre había matado a su mujer y a su hija durante la guerra. Esto no lo sabe la Policía,

ni nadie está dispuesto a decírselo. El pueblo está lleno de cómplices de nuestro padre, y difícilmente podrán atraparlo, a no ser que alguno de nosotros hable.

JUAN.— ¿Que mató...? ¿Has dicho que mató...?

TEO.— (*Asiente.*) Las cogieron en un asalto a unos coches oficiales. Las encerraron en un cobertizo, y nuestro padre esa noche fue borracho al cobertizo y trató de forzar a la mujer. ¿Te figuras a nuestro padre en esa bonita escena? La niña empezó a gritar y nuestro padre tuvo una de sus furias. Mató a la niña para que no le estorbara y después a la mujer para que no pudiera contarle... Se echó la culpa a algún incontrolado, como decían entonces..., y no pasó nada. Ese hombre venía a vengarse.

JUAN.— Pero todo eso es un horror, Teo.

TEO.— ¿Tú no sabías que el padre había hecho... algunos horrores durante la guerra?

JUAN.— Nosotros no lo veíamos durante meses, y nadie se atrevía a contarnos nada.

TEO.— Pues ése es nuestro padre; una especie de demonio que nos atormenta. (*Un silencio.*)

JUAN.— Tú no quieres nada al padre, ¿verdad?

TEO.— No.

JUAN.— ¿Le odias?

TEO.— (*Con una mirada vidriosa.*) Creo que sí.

JUAN.— ¿Por qué?

TEO.— (*Vagamente.*) Seguramente tengo una serie de razones.

JUAN.— Di alguna.

TEO.— Trata mal a nuestra madre. No puedo sufrir el tono en que le habla.

JUAN.— ¿Es eso sólo?

TEO.— Eso tiene gran importancia. La humilla delante de todos nosotros. No la quiere.

JUAN.— Y, además, ¿qué?

TEO.— (*Baja la vista.*) No he podido olvidar lo que me hizo cuando yo quería a Julia.

JUAN.— ¿Qué te hizo?

TEO.— Me puso en ridículo delante de ella. Se divirtió conmigo. Cuando quise replicarle, me pegó... No me atreví a verla nunca más. Me trató muy cruelmente, recreándose en torturarme, en..., (*Irónicamente.*) en lucirse a mi costa delante de ella. ¡El asqueroso viejo! Y yo no supe defenderme.

JUAN.— No hables así del padre, Teo.

TEO.— No puedo hablar de otro modo. Sé que es un pecado, pero odio a mi padre con todo mi corazón.

LUISA.— *(Con una voz apenada.)* ¿Tanto la querías, Teo?

TEO.— *(Con la cabeza muy baja, como avergonzado.)* Sí. Mucho. *(Un silencio.)*

JUAN.— ¡No habrás pensado... delatar al padre!

TEO.— No. Y no porque aún me quede un poco de amor por él; podéis estar seguros.

JUAN.— Entonces, ¿por qué?

TEO.— Porque le tengo miedo. Porque nada más verlo estoy temblando como una mujer. Porque sé que si él se enterara de que lo había delatado y pudiera tenerme un solo momento a su alcance, me estrangularía. Tengo mucho miedo a nuestro padre, Juan. *(Amargamente.)* Y no debería ser así, ¿verdad? No debería ser así. *(Se levanta.)* Me bajo. Si padre supiera que estoy aquí con vosotros, podría sospechar algo. Buenas noches.

LUISA.— Buenas noches, Teo. *(Le abre la puerta. TEO sale. JUAN queda pensativo. Un silencio.)* ¿En qué piensas, Juan? No pienses en nada ahora. Trata de dormir.

JUAN.— Es que...

LUISA.— *(Dulcemente.)* Vamos, échate, como si fueras a dormir... *(JUAN se echa.)*

JUAN.— Pienso en Teo, en el padre, en las cosas que nos han ocurrido y en las que todavía nos van a ocurrir. Y me da angustia.

LUISA.— ¿Te callarás, Juan?

JUAN.— En las cosas que nos han ocurrido...

LUISA.— Calla...

JUAN.— En las cosas...

(Va haciéndose el oscuro.)

CUADRO CUARTO

El escenario de los dos primeros cuadros. JANDRO lee en voz alta un periódico a su madre.

JANDRO.— «Lo cierto es que a los siete días del crimen no se ha descubierto prácticamente nada. Entramos en la segunda semana con la esperanza de que la Policía acometa seriamente la tarea de descubrir al asesino.» *(Levanta la cabeza del periódico.)* Así termina el artículo. *(ANTONIA mueve la cabeza pensativamente. JANDRO deja el periódico.)* Esta noche hace más calor que nunca, ¿verdad, madre?

ANTONIA.— Sí. Es calor de tormenta. A ver si estalla de una vez. Nos quedaremos más tranquilos, ya verás, en cuanto estalle la tormenta y llueva en los campos. ¿Y no dice nada más?

JANDRO.— ¿Qué?

ANTONIA.— Que si no dice nada más el periódico.

JANDRO.— No.

ANTONIA.— Todo sigue igual entonces. No adelantan nada. ¿Qué piensas tú del crimen, Jandro?

JANDRO.— Que tarde o temprano descubrirán al criminal... *(Ha entrado ISAÍAS KRAPPO, que escucha las últimas palabras de JANDRO.)* Y que entonces deberían colgarlo en la plaza del pueblo para dar ejemplo y que nadie se atreviera ya a hacer un crimen como éste.

ISAÍAS.— ¿Y qué más, hijo mío?

JANDRO.— *(Se vuelve y ve a su padre.)* Buenas noches, padre.

ISAÍAS.— ¿Y qué más? ¿Qué más harías con el horrible asesino, Jandro? Ya veo que tienes unos sentimientos muy justicieros, aunque poco..., poco misericordiosos... ¿Qué más harías? Vamos a ver.

JANDRO.— No dejaría que lo enterraran en el cementerio.

ISAÍAS.— ¿Por qué?

JANDRO.— Porque es tierra sagrada.

ISAÍAS.— ¿Dónde permitirías entonces, hijo mío, que reposaran sus pobres huesos?

JANDRO.— En un camino, para que todos pisaran en su tumba y no tuviera un momento de descanso.

ISAÍAS.— ¿Crees que de ese modo seguiría sufriendo después de la muerte?

JANDRO.— Sí.

ISAÍAS.— ¿Y no te sientes capaz de perdonarle ese último sufrimiento?

JANDRO.— No.

ANTONIA.— (*Nerviosa.*) Hijo, cállate ya. Deja de decir esas atrocidades.

ISAÍAS.— ¿Por qué no va a hablar, Antonia? ¿Por qué no va a hablar? Estamos charlando tranquilamente Jandro y yo. No tienes que interrumpirnos.

ANTONIA.— Perdóname, Isaías, perdóname. Es que estoy nerviosa... Con este calor... (*Suena a lo lejos un trueno.*) Ya está ahí la tormenta. (*Suena otro trueno más prolongado, que escuchan. ANTONIA se ha santiguado. Un silencio.*)

ISAÍAS.— Tu madre, sin embargo, tendría para él una gran piedad, ¿verdad, Antonia?

ANTONIA.— Sí. Yo siento por él una gran piedad, Isaías.

ISAÍAS.— Y tratarías de que no lo castigarán.

ANTONIA.— Trataría de que no lo mataran.

JANDRO.— ¿Por qué, madre?

ANTONIA.— Porque Nuestro señor nos ha prohibido matar.

JANDRO.— Pero si la Justicia le condena a muerte...

ANTONIA.— (*Niega con la cabeza.*) No hay otra justicia que la de Nuestro Señor Jesucristo. No deberías olvidarte nunca de ello, hijo mío.

JANDRO.— Entonces, ¿qué habría que hacer con él?

ISAÍAS.— Yo te lo diré. Tratar de convertirlo a la religión. ¿Eh, Antonia? ¿Verdad que es eso?

ANTONIA.— Sí.

ISAÍAS.— No hagas caso de nada, Jandro. Tú tienes razón. Hay que ser duros y fuertes. Saber castigar y saber soportar un castigo. Ése es el modo de salir adelante en la vida.

ANTONIA.— *(Con una voz humilde y triste.)* Yo pienso que hay que ser... tiernos..., mansos y humildes de corazón...

ISAÍAS.— Tú lo eres, Antonia. Siempre lo has sido. ¿Te ha dado eso la felicidad?

ANTONIA.— *(Trata de mirar a ISAÍAS con sus ojos semiciegos.)* No creo que en este mundo se pueda ser muy feliz.

ISAÍAS.— Te equivocas. Yo lo he sido. Yo lo soy aún, Antonia. Y no me arrepiento de nada de lo que he hecho para ser feliz, para gozar de la vida. *(Suena, lejos, otro trueno. Ha entrado TEO.)*

TEO.— ¿Vamos a cenar ya, padre?

ISAÍAS.— Sí. *(TEO vuelve a salir. ISAÍAS va al ventanal.)* Está lloviendo. Esto es bueno para todos. Hay que alegrarse de que llueva. *(Entra ANDREA con el mantel. Lo coloca en la mesa. Durante la escena siguiente, ANDREA hará varias salidas y entradas en el trajín de poner la mesa.)* ¿Sabes lo que me gustaría, Jandro? Darme ahora un largo paseo debajo de la lluvia, mojándome todo el cuerpo... ¿No te gustaría eso, Jandro? Nos refrescaría del calor. Volveríamos a la casa empapados y riéndonos. ¿No te gustaría?

JANDRO.— Sí que me gustaría, padre. *(Vuelve TEO.)*

TEO.— Ya vienen Luisa y Juan. *(Se aparta a un rincón y se sienta.)*

ISAÍAS.— Ahora llueve más. Mira. *(ISAÍAS y JANDRO miran la lluvia. Suena un trueno más cercano. Llegan JUAN y LUISA.)*

JUAN.— Buenas noches. *(Nadie contesta. LUISA ayuda a ANDREA.)*

ISAÍAS.— Se está acercando. Dentro de unos segundos la tendremos aquí encima. *(Suena un trueno más fuerte. ISAÍAS se acerca a la mesa y se sienta. Los demás, entonces, se acercan también. TEO ayuda a su madre. Todos quedan colocados. ISAÍAS parte y reparte el pan.)* ¿Qué rumores hay por el pueblo? ¿Habéis oído algo? ¿Qué se dice del crimen? *(Silencio. JUAN y TEO bajan la vista.)* ¡Os estoy preguntando! ¿Se os ha olvidado hablar?

JUAN.— Yo no he oído nada. No. Nada. He estado en el pueblo, pero no he oído nada. Sí, ahora que recuerdo. Que no se ha encontrado todavía el arma. Lo estaban comentando en la plaza.

TEO.— Dicen que van a mandar más Policía... de la capital. *(Un silencio.)*

LUISA.— Yo he oído que el comisario Roch tiene una pista.

ISAÍAS.— ¿Una pista? ¿Qué clase de pista?

LUISA.— No lo sé. Otros dicen que ya sabe quién es el criminal.

ISAÍAS.— ¿Y qué espera para detenerlo?

LUISA.— A tener pruebas. O puede que esté esperando una denuncia de alguien.

ISAÍAS.— ¿Una denuncia de quién?

LUISA.— (*Le sostiene la mirada.*) De algún testigo que pudo haber y que hasta ahora puede haber callado por algunas razones que no conocemos. ¡Cualquiera sabe!

ISAÍAS.— No. Lo más probable es que no hubiera ningún testigo. Y si lo hubo y ha callado hasta ahora, no creo que llegue a hablar. Sería acusado también de cómplice. ¿Qué te parece a ti, Teo? (*A TEO, que iba a beber agua, se le cae el vaso y se rompe. Suena un trueno.*) ¿Qué te ocurre?

TEO.— (*Trata de sonreír.*) Me he sobresaltado...

ISAÍAS.— Desde hace dos días no sé lo que os pasa. Estáis nerviosos y torpes en el trabajo... ¿Qué os ha ocurrido?

TEO.— Nada. ¿Qué va a ocurrirnos?

JUAN.— A mí tampoco. Nada. Ha sido muy desagradable lo del crimen. Eso de que haya salido nuestra casa en los periódicos... Y luego las veces que ha venido la Policía... Todo eso cansa, molesta... Acaban volviéndolo a uno loco.

ISAÍAS.— (*Con una tranquila ironía.*) Pobre Juan, ya veo que ha sido demasiado para ti.

JUAN.— Sí, padre. De verdad. Ha sido demasiado para mí.

ISAÍAS.— Y para Teo también.

TEO.— (*Nervioso.*) A mí no me pregunte, padre. A mí no me pregunte. (*Un relámpago.*) Yo no tengo ganas de hablar. Estoy malo. (*Suena un trueno.*) ¡Esta condenada tormenta! ¡Me va a romper los nervios!

ISAÍAS.— Silencio. No grites en la mesa. ¿Qué te has creído? ¿Es ésa la educación que te he dado?

TEO.— (*Desatado.*) Si es que no puedo resistir la tormenta, padre. Es que de pronto me parece que Dios nos va a castigar destrozando la casa con un rayo. (*Se ve a través del ventanal un relámpago vivísimo que ilumina todas las caras.*) ¿No lo ve? ¿No lo ve? (*Un trueno.*)

ISAÍAS.— No digas tonterías. ¿Quién nos va a castigar?

TEO.— (*Estremecido.*) No hable así, padre. ¿Que quién nos va a castigar? Dios. Dios existe. ¿No lo está viendo? No hay que blasfemar, padre. No hay que blasfemar.

ISAÍAS.— (*Se levanta. Enfurecido.*) ¿Pero de qué tienes miedo? ¿Por qué nos van a castigar? (*Con una sospecha terrible.*) ¿Por qué?

TEO.— (*Aterrado.*) ¿Cómo? No, yo no he dicho... Yo no he querido decir...

ISAÍAS.— ¿Por qué nos van a castigar? ¿Por qué? ¿Tenemos algo de qué avergonzarnos?

TEO.— No... Claro que no... Nada...

ISAÍAS.— (*Implacable.*) Entonces, ¿qué has querido decir?

TEO.— (*Casi llorando.*) Nada... Nada... (*LUISA se levanta.*)

LUISA.— Ya está bien. Es repugnante lo que está haciendo con Teo. Repugnante.

ISAÍAS.— ¡Cállate tú, Luisa! ¡Cállate!

LUISA.— No quiero callarme. Tengo que responder yo. Me toca hablar a mí. Sí, Juan y Teo están un poco raros desde hace dos días. Tienen razón para estarlo.

JUAN.— No, Luisa. Cállate.

LUISA.— Teo ha dicho que tienen miedo en esta casa y que nos van a castigar. A mí tampoco me extrañaría que nos castigarán.

ISAÍAS.— ¡Habla de una vez! ¡Echa lo que tengas que echar! ¡Ya estás ahí como una furia! ¡Es lo tuyo!

LUISA.— (*Grita más.*) ¡Sí! ¿Quiere saberlo? He hablado con ellos. Se lo he contado todo.

ISAÍAS.— Pero ¿qué dices? ¿Qué les has contado...?

LUISA.— Sí. Se lo he contado todo. Me ha tocado una parte difícil. Decir a unos hombres que su padre es un asesino. Ahora ya lo sabemos todos.

ANTONIA.— (*Gime.*) Pero ¿qué decís? Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Qué locuras son éstas?

ISAÍAS.— (*Con los ojos desorbitados.*) ¿Has hablado? Te dije que no hablaras.

ANTONIA.— ¿Es cierto lo que dicen, Isaías? ¿Es cierto lo que dicen? (*JANDRO, asustado, se echa a llorar.*)

ISAÍAS.— Te dije que no hablaras. Te voy a matar. (*La golpea en la cara.*)

JUAN.— Padre, deje a Luisa. Déjela.

LUISA.— (*Grita como loca.*) Es un asesino. ¿No lo veis? Sería capaz de matarme aquí mismo.

JUAN.— No, Luisa. Tampoco digas eso de nuestro padre.

TEO.— (*Chilla ahora.*) ¿Por qué no va a decirlo, Juan? ¿Por qué no va a decirlo? Si es verdad. Padre, vas a oírlo de una vez. Vas a oír lo que nunca te he dicho. Hoy he tenido tanto miedo, que ya no siento nada. Vas a escucharme. Te odio. Eso es lo que quería decirte. Pero no te odio desde ahora. Te odio desde antes de que mataras a ese pobre hombre. Mi odio no tiene nada que ver con tu crimen. Te odiaría tanto aunque no hubiera ocurrido nada, aunque estuviéramos aquí tranquilos, cenando, y yo te mirara, como siempre, con timidez y tuviera el mismo miedo de siempre... Te odio... (*Se ha visto un débil relámpago. Suena un trueno lejano. Hay un silencio. ISAÍAS se remueve. Está, de pronto, como más envejecido, como triste y desamparado.*)

ISAÍAS.— Entonces, ¿vais a dejar a un pobre viejo solo? ¿Vais a dejarme solo? (*Nadie responde. Baja lentamente el telón.*)

CUADRO QUINTO

El mismo escenario. Es una tarde de otoño. A través del ventanal vemos árboles desnudos. JUAN está solo, mirando hacia el exterior. Llega LUISA. JUAN se vuelve.

JUAN.— ¿Cómo está?

LUISA.— Igual. Tiene mucha fiebre.

JUAN.— ¿Qué dice?

LUISA.— Nada. Parece que quiere dormir. Se queda con los ojos cerrados. Pero se ve que no puede. Está inquieto.

JUAN.— ¿Tú crees que al cabo del tiempo y ahora con esta enfermedad, habrá vuelto a pensar en lo que hizo? ¿Que será eso lo que le intranquiliza?

LUISA.— No. Es la fiebre. Y, además, está muy grave, y él lo sabe de sobra. Eso es lo que le intranquiliza.

JUAN.— Tiene mucho miedo a morir, es verdad. Anoche, cuando se encontró peor, daba unos gritos horribles. Pero yo pensaba que lo que le aterrizzaba era morir en el pecado.

LUISA.— No. Lo que hizo este verano no es un pecado para él. Y, además, él no cree que luego haya algo, después de esta vida. Lo que le aterrizza es, simplemente, morir.

JUAN.— (*Mueve la cabeza amargamente.*) Mi padre no ha creído nunca en nada.

LUISA.— Sí ha creído, Juan. Ha creído en la vida. Todo el cariño que los demás repartimos entre la vida y nuestras creencias..., o nuestras supersticio-

nes..., él lo ha puesto en la vida. No cuenta con otra cosa para vivir... Sólo con la vida...

JUAN.— A mi padre la vida le es suficiente... para vivir... Nosotros necesitamos de otras cosas que están más allá..., de los misterios del catecismo..., de creer en cosas que no vemos... Porque si no, la vida sería para nosotros demasiado amarga... Pero mi padre es tan fuerte que no necesita nada... Cuando se muera, no habrá nada en el mundo que él no haya hecho..., ni un solo placer que no conozca, ni una emoción, ni una vergüenza... Él habrá pasado por todo... Lo habrá gozado y sufrido todo... ¿Dónde está mi madre? ¿Con él?

LUISA.— Sí.

JUAN.— Pobre madre... No se ha separado de su lado en toda la noche...

LUISA.— Ahora está llorando... porque tu padre no quiere confesarse... Se ha puesto como una furia cuando tu madre se lo ha dicho... Ha querido echarla de la habitación... Tu madre llora porque dice que su alma se va a condenar eternamente..., aunque le parece que él no tuvo toda la culpa de matar... Dice que hacía mucho calor..., que venía preparándose la tormenta..., que no llegaba a estallar y que un tiempo así vuelve locos a los hombres. La tormenta estalló una semana después y los hombres se tranquilizaron...; pero para él ya era tarde..., él ya había matado... Eso dice tu madre... (*Llega TEO de la calle.*)

TEO.— ¿Y el padre?

JUAN.— Sigue igual.

TEO.— Nos ha dado una noche insoportable. A ver si esta noche duerme y nos deja dormir. (*Lia un cigarrillo.*) He visto al comisario en el pueblo.

JUAN.— ¿Otra vez ha vuelto?

TEO.— Sí. Y no dejará de venir a visitarnos, como tiene por costumbre. Me parece que a este paso iremos acostumbrándonos a su cara.

JUAN.— (*Nervioso.*) ¿Qué querrá hoy?

TEO.— Nada. Como siempre. Vendrá a echar un vistazo, a charlar con nosotros. Y a seguir buscando al criminal.

JUAN.— ¿Tú crees que sospecha de nosotros?

TEO.— Si no, no vendría.

JUAN.— ¿Y no dejará de venir nunca? ¿Lo vamos a tener siempre aquí?

TEO.— Hasta que descubran al asesino.

JUAN.— ¿Hasta que detengan a nuestro padre?

TEO.— Sí; hasta que detengan a nuestro padre o a un inocente contra el que tengan pruebas. Entonces la Policía cerrará una carpeta y no volveremos a ver al comisario Roch. Mientras tanto, seguiremos sufriendo su sonrisa y su amabilidad. No creas que van a cansarse. La Policía tiene mucha paciencia.

JUAN.— ¿Tú crees que el comisario Roch sospecha de nuestro padre?

TEO.— De momento, sospecha de todos nosotros.

JUAN.— Y viene fingiéndose amigo nuestro para cazarnos.

TEO.— Es su oficio.

JUAN.— ¿Y nosotros vamos a callar siempre?

TEO.— Sí. Por una razón o por otra, todos vamos a callar siempre.

JUAN.— No sé si podremos resistirlo. Llevamos así dos meses. Pero ¿vamos a poder resistir toda la vida?

TEO.— Si es preciso, tendremos que resistir toda la vida.

JUAN.— Tú querías hablar, delatar a nuestro padre, ¿verdad, Teo?

TEO.— Sí.

JUAN.— ¿Y por qué no hablas?

TEO.— Por miedo... Siento como una mordaza en la boca... Es el miedo...

JUAN.— ¿Y tú, Luisa?

LUISA.— Yo también hablaría.

JUAN.— Pero no hablas por mí. Porque me quieres y sabes que yo sufriría si lo hicieras.

LUISA.— Solamente por eso. Yo no tengo miedo.

JUAN.— Es otra mordaza... Y sigue el silencio... Yo no hablo porque tengo piedad de mi padre, porque me da lástima de él, porque no puedo olvidar que es mi padre... Estoy amordazado por mi compasión... Y en esta casa, desde hace dos meses, no hay nada más que silencio... Un espantoso silencio...

LUISA.— Es lo que tú dices, Juan. Un espantoso silencio.

JUAN.— Nuestra madre y Jandro no se atreven a hablar porque creen que cualquier palabra podría ser aprovechada para ejecutar a nuestro padre... Andrea es fiel y calla... Todos callamos... Todos...

LUISA.— Hay silencio en la casa. Parece como si no ocurriera nada por dentro, como si todos estuviéramos tranquilos y fuéramos felices... Ésta es una casa sin disgustos, sin voces de desesperación, sin gritos de angustia o de furia... Entonces, ¿es que no ocurre nada? ¿Nada? Pero nosotros

palidecemos día a día..., estamos más tristes cada día..., tranquilos y tristes..., porque no podemos vivir... Esa mordaza nos ahoga y algún día va a ser preciso hablar, gritar..., si es que ese día nos quedan fuerzas... Y ese día va a ser un día de ira y de sangre... Pero, mientras tanto, ¿verdad, Juan?, silencio... «¡Te voy a matar si hablas!», me dijo vuestro padre... El buen silencio... *(Entra, desmejorado y pálido, ISAÍAS. Lo siguen ANTONIA y JANDRO, que no se han atrevido a impedir que ISAÍAS se levante.)*

ISAÍAS.— ¿Qué habláis ahí? ¿Qué estáis tramando entre vosotros?

JUAN.— Nada, padre.

ISAÍAS.— No tenéis que hablar nada entre vosotros.

JUAN.— Padre, ¿cómo se ha levantado?

ISAÍAS.— Preferirías que me estuviera en la cama, ¿verdad? Que me muriera.

JUAN.— No, padre. ¿Cómo puede pensar eso?

ISAÍAS.— Dejadme en paz. Tengo que salir a ver qué ocurre en la casa. No sabéis hacer nada. Tengo yo que cuidarlo todo. ¿Qué va a ser de vosotros cuando yo me muera? Vais a andar como locos por la casa sin saber adónde vais ni qué hacéis.

JUAN.— Debería acostarse, padre.

ISAÍAS.— ¡No quiero acostarme! No quiero acostarme, mientras aquí se tramán cosas contra mí. ¿Os creéis que soy un imbécil? Lo sé de sobra. Estáis tratando de entregarme a la Policía. ¡Estáis tratando de entregar a vuestro padre! Os aprovecháis de que estoy un poco enfermo para eso. Pero ya me encuentro bien. Ya ha pasado todo. No tengo fiebre. Así que no tratéis de jugar conmigo. No soy un viejo enfermo... Tengo fuerza... ¿Queréis luchar conmigo? Os venzo a todos y os tiro al suelo si me lo propongo... ¿Quieres probar tú, Juan? ¿Quieres luchar en broma conmigo? Vamos, vamos a luchar. *(Coge a JUAN por un brazo y trata de zarandearlo.)*

JUAN.— Está ardiendo, padre. Tiene mucha fiebre. Se va a poner peor.

ISAÍAS.— ¡Te voy a dar una paliza, Juan! ¡Te voy a dar una paliza! Me has levantado la voz y te voy a dar una paliza. ¿Qué te has creído? *(Levanta la mano. JUAN se la sujeta.)*

JUAN.— No me pegue, padre. No le he hecho nada.

ISAÍAS.— ¡Suéltame! ¡Suéltame! *(JUAN lo suelta.)* Has tratado de hacerme daño. Me has apretado bien. Pero no has conseguido nada. ¿Qué esperabas? ¿Qué chillara como una mujerzuela?

JUAN.— Le he sujetado para que no me pegara, padre.

ISAÍAS.— Estoy un poco enfermo, es verdad. Si no, te daría ahora tu merecido. Hablaremos cuando esté mejor, Juan. Lo que has hecho con tu padre enfermo no tiene perdón. Ahora sí me siento mal. De pronto no veo. ¡Cuando esté bueno os voy a matar a todos! Tengo mucho frío. Estoy muy cansado. Me parece que me voy a caer. Ayudadme. (LUISA, JUAN y TEO *no se mueven*. ANTONIA *se remueve inquieta, sin atreverse a acudir*. JANDRO *acude, y lo sujeta*.) El buen Jandro..., justiciero y poco misericordioso...

JANDRO.— (*Humilde*.) Perdóneme por aquello, padre.

ISAÍAS.— «Que lo cuelguen en la plaza del pueblo... Que no le entierren en tierra sagrada... Que lo entierren en un camino para que todos pisen su tumba y no tenga un minuto de descanso...» ¿Es eso lo que deseas para mí, hijo mío? (JANDRO *niega con la cabeza, llorando*.) Acompáñame, hijo mío. Llévame a la cama. Estoy un poco cansado hoy..., un poco cansado... (*Inicia el mutis, conducido por JANDRO. Al llegar a la puerta, se vuelve y dice a todos*.) No os tengo miedo. Veo que estáis todos contra mí. Pues no me importa. Os desafío. No diréis nada a la Policía porque no sois capaces. Sería demasiado terrible para vosotros. Ya veo que no puedo contar con vuestro cariño. No me queréis. Contaré con vuestro miedo. No me importa. Los muchachos guardarán silencio, ¿verdad? (*Ríe burlonamente*.) Si alguno llegara a hablar, se arrepentiría. Os lo juro. Y los demás no podrían perdonárselo nunca. Ninguno de vosotros podría ya ser feliz. También os lo juro. (*A JANDRO, al salir*.) Vamos, hijo mío. Vamos. (*Sale con JANDRO. Un silencio*.)

JUAN.— ¿Y vamos a continuar siempre así?

TEO.— Sí. Siempre.

JUAN.— ¿Y qué hemos hecho nosotros para merecer este castigo?

TEO.— Nada. No hemos hecho nada. (*Se oyen golpes en la puerta de la casa. Un silencio. Llega el COMISARIO ROCH, sonriente*.)

COMISARIO.— Buenas tardes. (*Nadie le contesta. El COMISARIO avanza*.) He venido a dar una vuelta por el pueblo y, como de costumbre, vengo a hacerles una visita. ¿Están bien?

ANTONIA.— Sí, señor comisario.

COMISARIO.— Y el señor Krappo, ¿cómo sigue?

ANTONIA.— Sigue enfermo. Está pasando muy malos días.

COMISARIO.— (*Enciende un cigarrillo.*) ¿Hay algo nuevo por aquí? ¿Alguna novedad? ¿No tienen nada que contarme? (*JUAN se remueve.*) Usted, Juan, ¿ha descubierto algo que pueda conducirnos a una pista? No vacile en decírmelo, por insignificante que le parezca. En estos casos nada es insignificante. (*JUAN no responde.*) ¿O es que no tiene nada que contarme?

JUAN.— Pues... (*Hay un silencio angustioso de todos. JUAN vacila.*) No, señor comisario. (*Niega con la cabeza.*) No. No tengo nada que contarle.

(*Oscuro.*)

CUADRO SEXTO

El mismo escenario. Está LUISA sola. Mira por el ventanal. Está inquieta. Le parece que ha oído un ruido y se sobresalta. A través del ventanal hace un gesto a alguien de que se dé prisa. Va a la puerta de la habitación y la abre. Entra el COMISARIO ROCH.

COMISARIO.— Me han dicho que quiere hablar conmigo.

LUISA.— Sí.

COMISARIO.— ¿Ha ocurrido algo desde la última vez que estuve aquí... hace quince días?

LUISA.— No. No ha ocurrido nada nuevo.

COMISARIO.— ¿Entonces?

LUISA.— Tengo que hablar con usted.

COMISARIO.— ¿Dónde está el resto de la familia?

LUISA.— Trabajando fuera de la casa. Por eso me he atrevido a llamarle.

COMISARIO.— Yo pensaba venir a hacerles mi visita de siempre.

LUISA.— Era preciso que viniera en este momento. Estoy yo sola y podremos hablar.

COMISARIO.— Pues usted dirá.

LUISA.— No sé si hago bien, pero estoy decidida a hablar. No puedo soportar más lo que ocurre en esta casa. No podemos soportarlo ninguno; pero, por una razón o por otra, nadie habla. Yo voy a hacerlo.

COMISARIO.— Está bien. Hable. ¿Qué es lo que ocurre en esta casa?

LUISA.— *(Nerviosa.)* ¿Quiere mirar si viene alguien? Por favor. *(El COMISARIO se levanta y va al ventanal. Mira hacia el exterior. Después va a la puerta. Vuelve.)*

COMISARIO.— (*Sonríe tranquilizadamente.*) No hay nadie. Puede hablar sin ningún temor.

LUISA.— En esta casa todos sabemos quién mató a aquel hombre.

COMISARIO.— ¿Que ustedes saben...?

LUISA.— Sí, lo sabemos. Y no lo hemos dicho porque ha sido uno de nosotros.

COMISARIO.— (*Enciende un cigarrillo.*) El viejo Isaías Krappo, ¿verdad?

LUISA.— (*Sorprendida.*) ¿Cómo lo sabe?

COMISARIO.— Lo sospechaba, pero no teníamos pruebas contra él. ¿Tiene usted alguna prueba de que él es el asesino?

LUISA.— Yo lo vi.

COMISARIO.— ¿Aquella noche... estaba usted despierta?

LUISA.— Sí.

COMISARIO.— ¿Desde dónde lo vio?

LUISA.— Desde la ventana.

COMISARIO.— ¿Por qué no lo dijo al día siguiente?

LUISA.— Porque él me amenazó.

COMISARIO.— ¿Y después?

LUISA.— Después fueron sabiéndolo todos, y entre todos formamos un silencio raro... y difícil.

COMISARIO.— Le agradezco mucho que haya hablado. Estaba esperando este momento. Sabía que tenía que llegar. Ustedes no iban a callarse toda la vida. Era demasiado.

LUISA.— ¿Estaba usted esperando?

COMISARIO.— Sí.

LUISA.— Entonces, tenía usted la seguridad de que el viejo era el asesino.

COMISARIO.— Casi la seguridad.

LUISA.— ¿Por qué?

COMISARIO.— (*Sonríe.*) Soy policía. Estoy algo acostumbrado a oler criminales. Lo difícil es encontrar las pruebas.

LUISA.— ¿Usted nos ha espiado durante todo este tiempo?

COMISARIO.— No. Simplemente he venido a visitarles.

LUISA.— Usted venía sonriendo y nos trataba con simpatía y casi con familiaridad; pero, en realidad, estaba espiándonos.

COMISARIO.— Era preciso que ustedes se sintieran tranquilos y confiados en mi presencia. Es una cuestión de método.

LUISA.— ¿Hay otros métodos?

COMISARIO.— ¡Oh! Hay muchos métodos. Pero, en este caso, bastaba con esperar. Viniendo, he acelerado un poco el proceso; pero ustedes, más tarde o más temprano, hubieran ido a buscarme a la Jefatura. Y de no estar yo, hubieran preguntado por otro policía cualquiera o hubieran vuelto un día y otro hasta encontrarme. Pero era preciso acelerar un poco la investigación.

LUISA.— ¿Y usted venía a vernos para darnos oportunidades de hablar?

COMISARIO.— Exactamente. (*Un silencio. LUISA mira al COMISARIO con desprecio.*)

LUISA.— El suyo es un oficio bastante desagradable; ¿no le parece, señor comisario?

COMISARIO.— Sí, muy desagradable... en algunas circunstancias.

LUISA.— Yo no me arrepiento de haber hablado, porque tenía que hacerlo; pero no siento por usted ni la más pequeña simpatía. Sépalo.

COMISARIO.— Lo lamento. He cumplido con mi deber. (*Un silencio.*)

LUISA.— Y ahora, ¿qué piensa hacer con el viejo?

COMISARIO.— Detenerlo en cuanto tenga el auto de detención.

LUISA.— (*Con miedo.*) ¿No puede detenerlo inmediatamente?

COMISARIO.— No.

LUISA.— (*Grita.*) ¡Tiene que detenerlo inmediatamente! ¿Cómo lo va a dejar aquí ahora? Usted no lo conoce. Dijo que me mataría si hablaba.

COMISARIO.— No tiene por qué saber que usted ha hablado hasta que yo venga a buscarlo con la orden de detención.

LUISA.— (*Con nervios.*) Me lo notará. Me notará que he hablado.

COMISARIO.— Vamos, cálmese.

LUISA.— Tengo frío. Estoy temblando. Me lo notará.

COMISARIO.— Tiene que calmarse. Tiene que ser valiente ahora..., hasta el final.

LUISA.— No puedo. No puedo. Me lo va a notar. Se da cuenta de todo. Es un demonio. ¿Cuánto tiempo puede tardar usted?

COMISARIO.— Quizá pueda venir dentro de un par de horas. Quizá no pueda volver hasta mañana.

LUISA.— ¡No!

COMISARIO.— Procuraré volver lo antes posible.

LUISA.— ¡No! ¡Usted no puede irse! ¡Estoy segura de que ocurriría una desgracia! ¡Hágame caso! ¡No se vaya, señor comisario! ¡No se vaya! Puede enviar a alguien.

COMISARIO.— Debo ir yo. Lo siento.

LUISA.— Entonces, ¿va a dejarme sola?

COMISARIO.— Queda usted con su marido. Si ocurriera algo, no tiene nada que temer. Hay varios hombres en la casa.

LUISA.— Usted no conoce a esos hombres, señor comisario. No se atreverían a defenderme. Tienen horror al viejo. Le tienen horror. *(Entra ISAÍAS KRAPPO. Queda junto a la puerta, mirando alternativamente a LUISA y al COMISARIO. LUISA se echa a llorar nerviosamente. ISAÍAS la mira con fijeza y se acerca a ella. Le pasa una mano por la cabeza, bajo la mirada vigilante del policía. Acaricia la cabeza de LUISA, que llora más fuertemente. ISAÍAS levanta el rostro hacia el COMISARIO.)*

ISAÍAS.— Se lo ha contado todo, ¿verdad? *(Su voz suena dulce, tranquila.)*

COMISARIO.— Sí.

ISAÍAS.— La pobre no ha podido callarlo por más tiempo. Era demasiado para ella. ¿No cree usted, señor comisario?

COMISARIO.— Sí. Era demasiado para ella.

ISAÍAS.— Esto tenía que terminar así. Me di cuenta desde el principio. Al día siguiente ya me había dado cuenta de que había sido un error matar a aquel hombre. No hacía falta matarlo. Mi mujer suele decir que las noches de calor vuelven locos a los hombres. Tiene razón. Yo he cometido todas mis pequeñas locuras en tiempo de calor. No sé por qué será. Es curioso, ¿eh?

COMISARIO.— Y si se daba cuenta de que la partida estaba perdida para usted, ¿por qué no se entregó desde el principio?

ISAÍAS.— *(Ríe.)* No. ¿Cómo iba yo a hacer eso? A mí siempre me ha divertido luchar. Nunca me he dado por vencido. Ésta era una partida que me divertía jugar porque era una partida difícil. Y, además, durante este tiempo de lucha, he gozado terriblemente de la vida. He vivido día a día como si cada momento fuera a ser el último. Ha sido maravilloso.

COMISARIO.— ¿Querrá usted acompañarme a la ciudad?

ISAÍAS.— ¿Quiere llevarme detenido?

COMISARIO.— Todavía no. Hasta ahora, sólo puedo rogarle que me acompañe.

ISAÍAS.— *(Ríe.)* No, mi querido amigo. La lucha, por ahora, continúa. Usted tiene que traer una orden de detención. ¿Qué creía? ¿Qué la cosa le iba a ser tan fácil?

COMISARIO.— Puedo volver dentro de dos horas con la orden de detención.

ISAÍAS.— Hágalo. ¿Quién se lo impide? Tendré tiempo de despedirme de mi familia.

LUISA.— No. No se vaya. No se vaya.

ISAÍAS.— Vamos, Luisa. ¿Por qué dices eso? El señor comisario va a suponer que yo pienso haceros algún daño. ¿Y qué voy a haceros yo...? (*Se estremece. Murmura.*) Con este frío... (*Transición. Alza la vista y se queda mirando al COMISARIO fija y curiosamente.*) Es curioso lo que nos ha ocurrido, ¿eh, señor comisario? Ahora caigo en la cuenta de que es muy curioso.

COMISARIO.— ¿A qué se refiere?

ISAÍAS.— A que nosotros hemos sido compañeros y hemos luchado por la misma causa. Y ahora parece como si todo aquello hubiera sido una especie de sueño, ¿verdad, camarada? Como si no hubiéramos sido compañeros nunca. ¿Me dejas que por un momento te llame camarada?

COMISARIO.— Sí. Lo hemos sido. (*Un silencio.*)

ISAÍAS.— (*Ríe.*) Me da risa pensarlo.

COMISARIO.— ¿Pensar qué?

ISAÍAS.— Que si a ese hombre lo hubiera matado hace cuatro años, tú te hubieras puesto muy contento. Y que yo, por lo mismo que ahora soy un criminal, entonces hubiera sido un héroe. (*Ríe.*) ¿No te hace gracia? Uno es un héroe o un criminal según las circunstancias, aunque el muerto sea el mismo. (*Vuelve a reír.*)

COMISARIO.— Déjate de pensar en esas cosas. (*Un silencio. Dice lentamente.*) ¿Por qué no lo mataste a tiempo? Ése ha sido tu error, y ahora tienes que pagarlo.

ISAÍAS.— ¡No lo maté a tiempo! ¿Has oído, Luisa? ¡Que no lo maté a tiempo!

COMISARIO.— No lo mataste cuando él era un asesino.

ISAÍAS.— Claro. Ya no era un asesino. ¿Quieres decir eso?

COMISARIO.— Había pasado por la cárcel. Había sido torturado. Tenía derecho a volver a vivir entre las gentes honradas.

ISAÍAS.— Bueno. Eso ya pasó. Todo ha terminado. Me gusta ver que, por lo menos, nos hemos reconocido como compañeros, nos hemos tuteado. Hubiera sido muy mortificante para mí que en estos momentos me hubieras tratado mal, con despotismo, como acostumbraís... No. Tú has sabido reconocer a un viejo camarada.

COMISARIO.— No te había visto nunca, pero he reconocido en ti a muchos compañeros míos de aquellas horas. Tienes la misma mirada triste, el mismo gesto un poco torcido.

ISAÍAS.— Tú, en aquellos momentos, eras un hombre nervioso y rápido. ¿A que sí? He conocido a muchos como tú. Parecía que no ibas a poder dominar tus nervios y hasta las piernas te temblaban; pero en el momento en que había que actuar, en el momento en que había que poner la bomba o colocar la dinamita en la vía del tren, te quedabas terriblemente tranquilo..., como si fueras un hombre sin nervios...; pero aquella noche ya no podías dormir..

COMISARIO.— *(Con voz sorda.)* Es verdad.

ISAÍAS.— En aquellos momentos daba miedo verte. Cuando no había nada que hacer, bebías, para no acordarte de lo último que habías hecho. Tenías remordimiento del último tren que habías volado, del último muerto inútil. Te emborrachabas.

COMISARIO.— Sí, es verdad. ¿Cómo puedes saberlo?

ISAÍAS.— He luchado junto a hombres como tú, y los he sentido temblar a mi lado.

COMISARIO.— ¿Tú no temblabas?

ISAÍAS.— No. Yo, no. *(Un silencio.)* Y ahora, ¿qué me va a ocurrir? ¿Qué me van a hacer ahora? *(Sombrio, con voz algo insegura.)* Yo lo maté en legítima defensa. Venía a matarme a mí.

COMISARIO.— ¿En legítima defensa... un tiro por la espalda?

ISAÍAS.— Me amenazó de muerte.

COMISARIO.— Tenía motivos para hacerlo. *(Lo mira fijamente.)* ¿Te acuerdas? *(Un silencio.)* Y ahora van a acusarte por un triple crimen. El asunto va a ser bastante penoso...

ISAÍAS.— ¿Me condenarán a muerte? *(El COMISARIO se encoge de hombros. Un silencio. Parece que el COMISARIO despierta de un sueño. Se levanta.)*

COMISARIO.— Tengo que detenerle, señor Krappo. *(Sale a la puerta y llama hacia fuera.)* ¡Agente! *(Entra un AGENTE, que se cuadra ante el COMISARIO.)* Vigila al señor Isaías Krappo hasta que yo vuelva. Ten montada la pistola. Mucho cuidado. Hasta luego.

(El COMISARIO sale. El agente monta la pistola y se la guarda en un bolsillo, del que no saca la mano. Un silencio. ISAÍAS se acerca a LUISA.)

ISAÍAS.— Hija mía..., ¿de verdad tú piensas que yo... podría hacerte daño?

LUISA.— Usted me dijo... que me iba a matar...

ISAÍAS.— Tenía que asustarte de algún modo para que no me delataras. Ahora ya todo ha terminado y sólo quiero... que no me rechaces en este último momento... *(La abraza y la estrecha contra su pecho.)* Que tengas para mí una palabra amable y una mirada de cariño... ¿Es mucho pedirte? ¿Es mucho pedirte, hija mía? *(LUISA trata de soltarse, pero ISAÍAS la retiene. Forcejean.)*

LUISA.— ¡Suéltame! ¡Suéltame! *(El AGENTE interviene y retira a ISAÍAS. Lo arroja brutalmente contra un sillón. ISAÍAS trata de removerse, pero el agente le apunta con la pistola.)*

AGENTE.— Quieto. O se la va a jugar. *(ISAÍAS queda inmóvil. LUISA entonces se echa a reír nerviosamente. Se ríe de ISAÍAS. Lo mira y se ríe.)*

ISAÍAS.— No te rías, Luisa. No te rías. ¿De qué te rías? No te rías así. *(Se tapa los oídos.)* ¡No te rías así!

(Oscuro.)

EPÍLOGO

El mismo escenario. Es de noche. La chimenea está encendida. Están sentados a la mesa ANTONIA, LUISA, TEO y JANDRO. Cenan en silencio.

JANDRO.— No tengo hambre. No puedo comer. *(Deja la cuchara y se pasa una mano por los ojos.)*

ANTONIA.— Yo tampoco. *(Un silencio.)*

TEO.— Está tardando Juan.

LUISA.— *(Con la mirada baja.)* Sí, ya debería estar aquí.

JANDRO.— ¿Para qué lo habrán llamado? ¿Será que padre necesita algo?

TEO.— Si lo que quiere es que alguno vayamos a verle, yo no voy.

JANDRO.— Yo quiero ir.

ANTONIA.— Tú no irás, Jandro. Se te quedaría grabado todo en la memoria y ya no podrías olvidarlo nunca. ¿Cómo vas a verlo ahora? ¡Tenéis que recordar a vuestro padre en otros momentos de la vida! *(Está llorando.)*

TEO.— Madre, no tienes que llorar por él. No se merece que tú llores. Siempre te ha tratado mal. Y tú, Luisa, no tienes que estar triste. Hiciste bien. Teníamos que haberlo hecho antes. No podíamos aguantar más.

LUISA.— No debí hacerlo. Estoy arrepentida. Juan no quiere hablar conmigo. Tendré que irme de la casa.

TEO.— ¿Por qué te vas a ir? Verás cómo todo se arregla. Cuando Juan se dé cuenta de cómo era realmente nuestro padre y de hasta qué punto nos despreciaba a todos... Él es tan bueno, que todavía no lo sabe. Ya lo sabrá. *(Un silencio.)*

ANTONIA.— ¿Qué creéis que siento desde que se han llevado a vuestro padre?

Siento que soy mala.

TEO.— ¿Por qué?

ANTONIA.— Porque por encima del gran dolor que debía sentir porque haya hecho cosas tan terribles y se encuentre ahora en esta situación, por encima de ese dolor que debería sentir, siento hoy una gran paz, una gran tranquilidad..., por fin... Hoy estoy tranquila entre vosotros. Hoy no tengo miedo. Hoy sé que no puede ocurrir nada malo en la casa.

TEO.— Yo no siento ningún dolor. Estoy bien así. Hoy me encuentro a gusto en la casa. Voy por donde quiero y sé que nadie me busca para torturarme. Así que me alegro de que se hayan llevado al padre.

JANDRO.— No deberías decir eso, Teo. Ni en broma. No deberías decir una cosa así.

TEO.— Es lo que pienso.

JANDRO.— Yo sé menos que vosotros de las cosas. Soy más pequeño que vosotros. Pero pienso que nuestro padre, por muchas cosas terribles que haya hecho, se merece nuestro respeto de hijos. Eso pienso yo. No podemos ahora volvernos todos contra él, ¡ahora que está vencido! Y a ti, Luisa, yo no te perdono... Yo no te perdono..., yo no puedo perdonarte que... (*Un silencio.*)

LUISA.— Lo siento, Jandro.

JANDRO.— No te perdonaré nunca.

LUISA.— Tendría que contarte algo más de tu padre, y puede que llegaras a comprenderme; puede que llegaras a ver qué clase de hombre era vuestro padre.

JANDRO.— ¿Qué vas a contar?

LUISA.— No. Es demasiado sucio, y si Juan se enterara, sufriría mucho. Prefero que él tampoco me perdone, antes que contárselo.

JANDRO.— ¿Qué es?

LUISA.— Nada.

JANDRO.— Vamos, dilo. Ahora tienes que hablar.

LUISA.— ¿De verdad quieres saberlo?

JANDRO.— Sí.

LUISA.— Da risa. Es una cosa que da risa.

JANDRO.— Habla.

LUISA.— Tu padre, Jandro, me hacía el amor... ¿No te diviertes pensándolo?

JANDRO.— ¡Eso es mentira! Ahora todo cae sobre él. Ahora que no puede defenderse.

LUISA.— ¡Eso es verdad! ¡Te digo que es verdad, Jandro! (*Suena ruido en la puerta. Ha llegado JUAN. Se queda en la puerta, como sin atreverse a pasar.*) ¡Juan! (*JUAN no responde.*) ¡Juan! ¿Qué ha ocurrido?

JUAN.— Esto se ha terminado. ¿Lo oís? Esto se ha terminado para siempre. Ya no puede ocurrir nada. Podemos estar tranquilos. Ya ha pasado todo.

LUISA.— ¿Qué quieres decir?

JUAN.— No quisiera deciros nada hoy. No quisiera haber venido. Me gustaría haberme muerto en el camino. Todo antes que venir esta noche aquí.

TEO.— Habla de una vez, Juan. Ya está bien. ¿Ha ocurrido algo?

JUAN.— ¿Por qué queréis saberlo? Si deberíais negaros a oírme. Si deberíais taparos los oídos. Estáis ahí todos, escuchando, y hoy no podéis oír más que una desgracia terrible.

LUISA.— Pero ¿qué te pasa, Juan? ¿Qué es lo que te pasa?

JUAN.— Han matado a padre. Lo han matado. A mí no me pasa nada. Han matado a padre. (*Un silencio.*)

TEO.— ¿Que lo han matado?

JUAN.— Sí.

TEO.— ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha ocurrido para que lo mataran?

JUAN.— Lo han acribillado a balazos en el patio de la prisión. Me llamaban para comunicarme la noticia. Ha sido espantoso oírlo. (*LUISA se ha levantado.*)

LUISA.— ¿Qué lo han matado? ¿Cómo ha sido?

JUAN.— (*Se pasa una mano por los ojos.*) Trató de escapar. Daba gritos por las noches en la celda. No podía estar encerrado allí. Me han dicho que daba miedo escucharle. Se escapó y empezó a dar gritos como un loco. Se pusieron a disparar contra él. Ya le habían alcanzado y aún seguía corriendo. Le dispararon más y cayó al suelo. Todavía se levantó. Le costó trabajo morir. Volvió a caer y aún hubo uno que le siguió disparando. Lo destrozaron. Éste ha sido el fin de nuestro padre. (*Un tremendo silencio. Todos han quedado inmóviles. JANDRO se echa a llorar.*)

TEO.— (*Lo coge de los hombros y lo levanta.*) Cállate, Jandro. No llores. Eso es lo que quisiera él.

JANDRO.— (*Aterrado.*) Déjame. Déjame. Me das miedo.

TEO.— Pero ¿no os dais cuenta? Ésta ha sido su venganza. ¿No os acordáis de lo que dijo? «Si alguno llegara a hablar, se arrepentiría. Los demás no podrían perdonárselo nunca. Ninguno de vosotros podría ser ya feliz.» ¿No os acordáis? ¡Y se ha vengado! No es que quisiera escapar. Sabía de sobra que no podría escaparse. Tampoco es que saliera corriendo porque se hubiera vuelto loco. No. Lo hizo para vengarse. Salió corriendo para que dispararan y lo mataran allí mismo; para dejarnos ese recuerdo; para que nos horrorizáramos, y tú Juan, te pusieras tan pálido como estás ahora. Para que Jandro se echara a llorar con ese desconsuelo. Para eso se dejó matar.

JUAN.— *(Con voz atemorizada.)* ¿De verdad tú crees... todo eso?

TEO.— Sí. Y hay que defenderse. Hay que olvidarse de él y de su muerte. Hay que vivir, vivir, por encima de todo...

JUAN.— *(Con una voz lenta, grave y sombría.)* Es que entonces..., si fuera así..., si todo fuera como tú dices, si padre se hubiera matado para vengarse, todo sería más sencillo. No habría que sufrir. Nos defenderíamos. Responderíamos a su venganza olvidándolo, trabajando, siendo felices. Pero ¿cómo lo sabemos? ¿Y si no ha sido así? ¿Y si ha muerto sufriendo por nosotros, desesperado y triste de ver que sus hijos no han llorado por él y han llegado a entregarlo a la Policía? ¿Quién sabe lo que ha pensado en el último momento? Tendremos siempre, toda la vida, que pensar en esto, y nunca sabremos nada, y nunca conseguiremos ser felices. *(Se levanta. Va a la ventana. Respira profundamente.)* Y, sin embargo..., a pesar de todo..., esta noche, ¡qué paz..., qué paz tan grande! No lloramos, a fin de cuentas. Estamos tranquilos. Puede que nos cueste trabajo confesarlo, pero nos encontramos bien. Hace buen tiempo. Parece que se prepara un buen año. Si todo sigue así, el pueblo volverá a resurgir, a pesar de todas las calamidades. Habrá fiestas como antes. Las gentes estarán contentas en toda la comarca y nosotros estaremos con ellos, y nos alegraremos con ellos. Creo que podemos mirar tranquilos al porvenir. Las cosas van bien, gracias a Dios. No hay motivos para quejarse. ¿Verdad que no hay motivos? ¿Verdad? *(Nadie le contesta. Mira a su alrededor, desolado. Se fija en su madre.)* Madre, estoy muy triste. Estoy muy triste. Me parece que yo también voy a llorar.

ANTONIA.— No. No hay que llorar. Hay que tener piedad de él, pero no hay que llorar. Alguien tiene que rezar por su alma... Pero sin llorar. Dejádme

a mí para eso en la casa... No os importe dejarme sola rezando. Si ya no sirvo para otra cosa, hijos... No os apenéis si me encontráis callada y como triste en un rinconcito de la casa... Tengo esperanzas de salvarlo, de sacarlo de allí... La pobre vieja aún tiene algo que hacer... Dejadla... «La vieja está rezando», podéis decir tranquilamente cuando alguien os pregunte por mí al volver del trabajo. ¡Al volver del trabajo, hijos míos! Porque vais a volver... y volveréis a mirar al cielo con inquietud porque no llueve... y a comentar el precio de las cosas..., y a decir que todo está muy difícil... y a reuniros por la noche, durante el invierno, junto a la chimenea..., como si la vida hubiera empezado hoy, hijos míos, y todo lo demás hubiera sido un triste sueño... Hay que seguir viviendo... Es lo último que os pide vuestra madre antes de que ya no podías contar con ella para nada..., antes de que empiece a rezar. *(Queda postrada, como rezando. Un silencio. TEO se acerca a JUAN.)*

TEO.— Ya estás más tranquilo, ¿verdad? ¿Te encuentras bien?

JUAN.— Sí.

TEO.— ¿Y tú, Jandro?

JANDRO.— *(Con un leve estremecimiento.)* Hace un poco de frío, pero no me encuentro mal del todo. *(Un silencio.)*

TEO.— Este otoño no ha hecho todavía mucho frío.

LUISA.— *(Con una voz humilde y triste.)* Otros años, por este tiempo, ya hacía más frío, ¿verdad?

JUAN.— *(Asiente, soñador, sin mirarla.)* Oh, sí... Otros años, por este tiempo... Otros años, por este tiempo, recuerdo que... *(El telón se ha ido bajando lentamente.)*

(Fin del drama.)

